

HIJOS DEL ÁGUILA

Gerardo de la Torre

© **Gerardo de la Torre**

Ésta es una publicación del Comité de Campaña de Alejandro Fernández, candidato a Jefe Delegacional por Cuauhtémoc y Para Leer en Libertad AC.

brigadaparaleerenlibertad@gmail.com
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez.
Formación y diseño de portada: Daniela Campero.

*A Yolanda, Fabricio, Vladimir
y José Gerardo*

A Marco Julio Linares

Entendió entonces que la existencia de ataques y contrataques pertenecía ya al pasado. Había morado en una tierra de extraños y sobrecogedores cataclismos, y había salido con vida. Había visitado la región donde habita el rojo de la sangre, el negro de la pasión, y había escapado. Y dedicaba por ello a la alegría sus primeros pensamientos.

Stephen Crane, *La roja insignia del valor*.

I. A orillas del Mixtán, 1936

Era una noche de noviembre y desde el río, atravesando callejuelas sórdidas y oscuras, en vuelo rasante sobre el lodo pegajoso, estremeciendo las paredes de madera de un centenar de casuchas; llegaba un viento fresco y áspero que al primer golpe que le escoció en el rostro, agitó su cabellera y penetró hasta el fondo de sus pulmones, Víctor (recién salido de un galerón pequeño y sin ventilación, donde se apretujaban catorce hombres que bebían y fumaban y no cesaban de gritarse insultos, apuntalando sus afirmaciones con categóricos manotazos sobre la mesa de tablones) sintió vivificante.

La reunión del comité de huelga, en el que Víctor representaba a los trabajadores del taller mecánico, le había resultado extenuante. No sólo por la ingobernable y difusa materia sometida a discusión, constituida por estados de ánimo, respuestas de la sangre, clamores de la inteligencia; no sólo por el ruido, el olor denso y picante de la mezcla de sudores, el gusto salitroso del aire, el calor, la apretura; no por las incomodidades y los sobresaltos (advertidos estaban de que la compañía vigilaba y por eso mantenían centinelas en los cuatro puntos cardinales) sino por la presencia, más contundente que la bronca presencia de los compañeros, más impetuosa y sólida que esos cuerpos devastados por el trabajo y por la vida —todo toque que está fuera—, de un rostro, de unos pechos, de un perfume. ¡Elena, Elena, la mil veces execrada!

Víctor bordeó una zanja para internarse en la ancha calzada que cruzaba el centro de la población y, más allá, angostándose, bifurcándose una y otra vez, se convertía en un tortuoso laberinto de callejones que al fin se interrumpían abruptamente y culminaban en un descampado, en tierras pantanosas donde sobre pilotes se erguían vetustos caserones de madera y lámina.

Intempestivamente, antes de penetrar el laberinto, Víctor, contrariando el mandato del cuerpo fatigado, se dio vuelta. Desanduvo el camino y continuó hacia el río, bajo el impulso del deseo desesperado de alejar aquella presencia. En el distante caserón que había cobijado a sus padres y a sus abuelos, a los padres y a los abuelos de sus padres, se hallaría Elena. No la real y concreta, sino la incorpórea, la maldecida, la imposible, manifiesta en la presencia o en la ausencia de Alfredo.

Bajo el cielo oscuro y sin estrellas corría el río Coatzacoalcos, el antiguo Mixtán, lento y viscoso, herida su superficie por el reflejo de las farolas del embarcadero nuevo, sobre cuya baranda de madera dejó caer Víctor los antebrazos, se apoyó en ellos. Dejó pasar el tiempo contemplando el perezoso transcurrir de las aguas, para que los acelerados movimientos de su alma se adecuaran al ritmo de ese flujo tranquilo.

Poco había hablado durante la reunión. En las tres o cuatro horas de alegatos rabiosos, fragores de una batalla que aquellos hombres parecían librar contra sí mismos, sólo mencionó que quince de los veinte trabajadores de su taller estaban por la huelga.

—¿Y los otros?

—Tienen miedo.

Anatolio Sánchez, un mulato fornido, de pelo crespo y ojos siempre enrojecidos, presidía el comité. Era un bravucón con fama de no achicarse en ninguna circunstancia. Echó mano a la botella de aguardiente que circulaba por el local. Liberó su ronca voz.

—Pues hay que convencerlos por la buena. Si no, los convencemos a chingadazos.

El argumento levantó gritos de apoyo, alguna voz recriminatoria. Cuando amainó el escándalo se escuchó la voz suave del representante de los carpinteros, a quien llamaban Cerro Azul.

—No compañeros, la violencia nomás sirve para ganarse enemigos. Hay que respetar a los compañeros.

De nuevo se desató la gritería, esta vez reclamando medidas drásticas contra los herejes, el uso del palo y de la soga, del chapopote y las plumas de gallina. Visiones vertiginosas acometieron a Víctor: Jesús Linares y el negro Aarón Mackenzie, pacíficos padres de familia acobardados por la amenaza de despido, caían tundidos, cabezabajo pendían de las ramas de un enorme árbol de mango; Memo Domínguez, mal bicho, soplón empresarial, con una estaca clavada en el pecho era sumergido en una chapopotera; y Elena, desnuda, atada a un poste, recibía azotes con soga humedecida. Con horror, Víctor se descubrió disfrutando de este castigo, y dando inmediata marcha atrás trató de concentrarse en las voces y rostros que lo rodeaban, en ese irremediable caos.

Pero volvía la imagen de Elena la azotada y no sabía de qué oscuro sedimento de rencores le llegaba esa conde-

na no por imaginaria menos feroz. Porque Elena —y ahora, en la margen del río, la imaginaba en su mundo cotidiano y benigno, atendiendo a los clientes de la fonda— no había dado motivo para esa brusca irrupción de resentimientos que inexplicablemente aparecieran unas noches atrás.

Lo despertó de madrugada un alboroto de iguanas en el techo, entonces ya no pudo reencontrar el sueño. Salió al porche a fumar, perdió allí un cuarto de hora mirando la plata del firmamento y de regreso se sentó en la cama. Su hermano Alfredo, unos años mayor, dormía en el otro lado de esa enorme habitación permanentemente habilitada de cocina, comedor y dormitorio.

El hermano dormía imperturbable, dominados los furores del cuerpo y de la sangre. Roncaba en un tono grave, bajo, pero Víctor comenzó por culpar de su desvelo al inocuo sonido y se fue abriendo hacia una viva rabia contra Alfredo, no por lo que él fuera o hiciera sino por lo que representaba para Elena. En la contemplación del cuerpo yacente e indefenso, el rencor se fue desplazando y encontró un blanco definitivo: Elena. Y ahora, aquí, echado sobre la baranda del embarcadero, viendo el suave fluir de la corriente del Coatzacoalcos hacia el Golfo de México, Víctor volcó toda su compasión en Elena.

Ella —sin familiares ni amigos, excepto él mismo, Víctor, en el entendido de que a Alfredo había que ubicarlo en la condición de despreocupado amante— no tenía más que el salario pobre de la fonda, la ocasional propina y un cuarto pequeño y triste en una casa llena de cuartos habitados por familias numerosas y borrachos solitarios, por prostitutas pálidas y una pareja de viejos usureros que escasamente abandonaban su cubil.

No había resultado difícil para Alfredo acercarse a la muchacha y, mediante el amor, ese artificio elaborado con caricias y promesas, hacerla depender de su voluntad y sus deseos. La relación de Alfredo con Elena duraba casi un año, tiempo de sobra para que ella se diera cuenta de la falsa ternura del amante, de la efímera calidad de su cariño. Pero Víctor no contaba sino con la evidencia de un apego que le parecía famélico, hambre de compañía, de besos, necesidad crispante de saborear el delicado fruto de una seguridad incierta.

A lo lejos, en los muelles de la refinería, más allá de la curva del río, sonó tres veces la sirena de un barco-tanque, semejante al lamento de una bestia en agonía. Víctor, ávido, miró a ese punto donde contra la negra profundidad de la noche se erguían iluminadas las torres de proceso, como si esperara que de pronto surgiera la jeta enorme del animal agonizante que después se hundiría para siempre en las aguas fangosas. Y en ese instante Víctor entendió a Elena, entendió su solicitud y mansedumbre frente a Alfredo y supo que sus resentimientos no provenían de agravio alguno recibido de la niña, sino de las afrentas —qué tan supuestas, qué tan verdaderas— que Elena se infería a sí misma y que a Víctor, por simpatía, lo sublevaban. Ese acto mínimo y doloroso de comprensión hirió a la bestia, que no se agazapaba allá, frente a los muelles, sino en su propio pecho.

A las cuatro de la tarde un silbatazo ronco y largo anunció el fin de la jornada. Lauro Marini se quitó los guantes de carnaza y los arrojó sobre el banco de trabajo, entre las herramientas y la geometría absurda de una máquina de bombeo desmontada.

—Ahí mañana veremos —dijo. Recoge la herramienta, y si quieres, ya sabes, voy a estar en La Flama.

Mientras Marini, gordo y de abdomen abultado, bajo y moreno, caminaba con sus pasos lentos de viejo hacia los baños, Víctor levantó cinceles, cuñas, llaves inglesas y españolas, el martillo, y guardó todo en una caja metálica. Empapó en gasolina una bola de estopa y se limpió las manos y los brazos meticulosamente, frotando fuerte bajo las uñas para arrancar la grasa. Después, en los baños, a torso descubierto, completó la limpieza con agua y jabón áspero. Se echó encima la camisa de manta y abandonó el taller.

Todos los miércoles y los sábados, y a veces otros días de la semana, buscaba Lauro Marini el fresco de la cervecería La Flama. En el fondo del local de piso asfaltado y techo de lámina, los jóvenes se congregaban en torno a la mesa de billar. Lauro se acomodaba en la mesa del rincón, a mano derecha de la entrada, entre dos ventanas. En ese sitio que la clientela habitual le respetaba, se estaba horas bebiendo botellines de cerveza, mirándose las manos, esa mano derecha donde faltaban los dedos índice y cordial que, como sus dos hijas, se perdieron.

—Estos en el trabajo —decía señalándose la ausencia— y las niñas por putas. Me salieron ligeras de cascos, como la madre.

Quince, veinte años atrás —ya nadie recordaba la fecha, pero el viejo, ese hombre envejecido, la tenía muy presente— las chamacas se habían colocado en un burdel allá por la Loma del Gallo. Desde entonces Lauro dejó de tener amigos. No toleró los chistes frecuentes y brutales sobre las hijas, la acusación —un rumor infame que pronto llegó

a sus oídos— de haber sido él quien las violó y las echó a la calle. Y se fue aislando, se fue quedando solo. Por eso, en estos tiempos, le gustaba conversar con su ayudante, hablar con el muchacho de todas las cosas que en su pasado fueron o pudieron ser. Relataba una y otra vez las mismas historias, los mismos hechos, y Víctor lo dejaba contar, adivinando que esa era la materia auténtica de la vida del viejo, quizá lo único que lo mantenía con vida.

—Otra cervecita, Víctor.

—Otra, don Lauro.

Con una seña imperiosa de la mano buena el viejo le indicaba a Pablo que les sirviera y Pablo —mesero, coime, cantinero— atendía la orden.

—Andábamos de parranda y me la traje de Cosoleacaque. La habíamos invitado a tomar unas copas y allí mismo me contó sus desgracias. El padrastro que la maltrataba, el marido que le daba de palos. Ella era oaxaqueña, creo que de Pochutla. Bien hecha la mujer, de buena nalga y pechos grandes, como me gustan, o mejor dicho como me gustaban, porque yo de las viejas me olvidé.

—¿Y ya nunca tuvo mujer?

—Tuve mujeres, no mujer. Me iba yo a los burdeles a buscar alivio, pero jamás con ninguna que me la recordara.

Lauro hizo girar la botella con la mano incompleta, pensativo se quedó mirando la conjunción de carne y vidrio, añorando los dedos o las hijas. Habló sin levantar la cara.

—Era muy brava, Víctor. Hay que tener cuidado con las mujeres bravas. Tuvimos dos niñas, una tras otra. Como que esa mujer estaba ansiosa de parir, nomás de parir, porque nunca quiso a las niñas.

Hijos del Águila

El viejo echó la cabeza a un lado, dejó que la vista se le extraviara más allá de la ventana, que buscara las copas de los mangos que crecían en la región desde tiempos muy antiguos. Volvió del viaje y ordenó a Pablo otra ronda.

—Yo no sé si esto fue antes que sucediera lo de tu padre, pero fue por esos años. Un día volví a la casa, yo andaba entonces vendiendo petróleos y gasolinas del Águila, y encontré a las niñas llorando, solas, abandonadas. Qué vieja cabrona, pensé, descarada, se larga y las deja solas. Chiquititas las niñas, una de cuatro años, la menor de tres. Pues se había ido y se fue para siempre. Supe luego que andaba por Nanchital de callejera, pero ya los años habían pasado.

Ya no había mesa desocupada en La Flama. Allá en el fondo los muchachos se interesaban en una partida de carambola. Por acá se jugaba dominó, se echaban las cartas en una partida de conquían o de rentoy. Y circulaba la cerveza.

—¿Y entonces qué hizo con sus hijas?

—Me traje a vivir conmigo a mi hermana Rosalina. Ella fue la madre, la verdadera. Pero las niñas preguntaban por la otra, que dónde estaba su mamá, que cuándo la iban a ver. Les habíamos dicho que se había muerto, que ya no más llorarla, pero ve a saber las cosas que oían las chamacas en la escuela. Y comenzaron a cogerle odio a Rosalina. Pobre de mi hermana. Dormía con ellas, pero en las noches yo la oía levantarse, se iba a la cocina a llorar.

Víctor se daba cuenta de que no había coincidencia entre relato y gesto, entre la sustancia agria de la historia y la uniformidad y atonía con que se narraba. Al viejo no se le enfurecían ni se le empañaban los ojos, las líneas de

su rostro no sufrían transformación. Era una máscara que arrojaba palabras sin matices, sin cambios en la modulación, como emitidas por una máquina parlante. Pero Víctor entendía que allí estaba el dolor reprimido.

—Yo no sé para qué te platico estas cosas de viejo que a nadie le importan. Además, no sé cuántas veces te las he platicado.

—Cuénteme, don Lauro. Sabiendo de la vida de los otros es como se aprende a vivir.

—La vida de otros. Aquí a todos se nos fue jodiendo la vida, chamaco, y ni siquiera supimos cómo.

El viejo, impassible, le daba vueltas al botellín y, mirándolo, como bajo el efecto de la hipnosis se iba hundiendo en recuerdos cada vez más distantes, y cuando retomaba la palabra ya no hablaba con Víctor sino con algún fantasma rescatado de aquel pasado.

—Antes era distinto, desde la Loma de las Riberas lo que veías era otro mundo. Allí me iba de niño y abajito contemplaba el pueblo con sus casitas blancas de techo rojo, la plaza con hileras de flamboyanes rojos en las orillas, palmeras, el jardín de la parroquia donde florecían rosales y jacarandas, y el huele de noche y la albahaca perfumaban el ambiente. Y más allá el río. Daba gusto ver los barcos de vapor y los veleros que abarrotaban la rada, con banderas de quién sabe cuántos países. Me pasaba horas allí sentado en la loma viendo las canoas cargadas de sal, maíz y piloncillo que venían de Tabasco y de Campeche. Cuando ya era muchacho, todo eso se había acabado.

Marini se llevó la botella a los labios y bebió un pequeño sorbo. Con el recipiente en la mano continuó su relato. Víctor se sentía un intruso.

Hijos del Águila

—Se llevaron la aduana. Antes teníamos aquí la aduana marítima, pero en esos tiempos se la llevaron a La Barra, ése era el nombre de Coatzacoalcos. Entonces comenzó a joderse la vida.

—Ahora tenemos petróleo, la refinería.

—Una maldición, muchacho —dijo don Lauro. —¿Qué hemos ganado con el petróleo? A la gente le entró la ambición con el petróleo. La tierra donde antes se sembraba maíz y frijol, caña, plátano, café, por la buena o por la mala se la fueron vendiendo a los ingleses. Mi tío Tomás tenía miles de cabezas de ganado en sus potreros. Pero un día vendió todas las vacas y después los terrenos. Lo tentaron con el dinero, con las esterlinas, y vendió todo. Eso sí, no voy a negar que se dio buena vida el viejo. Agarró a sus hijos y a su mujer y se los llevó a Europa. Mis primos regresaron hablando maravillas de la Francia y la Italia y ya no se hallaron aquí. El tío compró casa en México y nunca volvió. Supimos que le dio por el juego, compró caballos de carreras y acabó miserable. Hizo bien. Ya le había dado carrera a sus hijos, uno médico, el otro abogado. Y la primita se casó, tuvo hijos y ojalá que haya sido muy feliz.

Don Lauro flexionó los tres dedos toscos de su mano derecha, empuñó la botella y liquidó lo que quedaba de cerveza.

—Vamos a bebernos otra —dijo.

—Nos la bebemos.

Don Lauro llamó con un silbido a Pablo que andaba por allá entretenido con una partida de conquián. Luego le hizo la seña para que llevara más bebida. Y siguió viviendo sus recuerdos.

—Mi padre trabajaba con el tío Tomás, hermano de mi madre. Era vaquero, y cuando se acabó el rancho, con los centavitos que tenía ahorrados puso una tienda, un tendajón jodido que apenas le daba para comer. Yo ya estaba casado para entonces y andaba vendiendo petróleos, en algo tenía que trabajar. Ya eran otros tiempos, ya no había mucho trabajo por aquí. Cuando era chamaco cualquiera podía escoger ocupación.

Todos aquellos barcos que llegaban venían cargados de mercancía y se iban repletos de maderas preciosas, pero los bosques de caoba y cedro también nos los fuimos acabando. Podías trabajar en el monte marcando, tirando y arrastrando la madera. En los muelles no faltaban barcos para cargar y descargar. Había trabajo en los ranchos ganaderos y en las haciendas cañeras, que ésas sí eran haciendas. El que menos, se acomodaba de remero en las grandes canoas que bajaban del Uspanapa, el Coachapa y el Tacojalpa, o pescaba, o tenía su parcela donde sembraba maíz, frijol y calabaza. Había empleos en el comercio, en la aduana y el municipio, la gente se podía ganar la vida en los burdeles y casas de juego. Y ya te digo, todo se secó, nomás nos quedó el petróleo. ¿Y para qué? Para que los ingleses tengan sus casas bonitas, albercas, el casino donde cada sábado hay baile.

—Por eso hay que luchar, don Lauro.

—Por eso tenemos que irnos a la huelga. Allí está la esperanza.

—¿Y tú crees que la huelga va a arreglarnos este pueblo de mierda? La huelga no va a devolvernos los bosques ni va a traer de nuevo la prosperidad. Pero está bien,

ustedes que tienen la cabeza dura háganle la lucha. Yo ya me cansé de darme frentazos.

—De eso sí nunca me ha platicado, don Lauro. ¿Qué frentazos se dio usted? ¿Cuándo?

Lauro Marini se llevó la botella a los labios, parsimonioso, con movimientos pesados. Dejó caer con fuerza el recipiente sobre la mesa de lámina.

—Mucho antes de que tú nacieras, chamaco.

Parecía que don Lauro iba a quedarse con su frase contundente, que partiría de ella para reseñar ideas y compromisos sindicales, pero de nuevo se clavó en los recuerdos.

—A principios de siglo ya teníamos aquí una refinería. No la de ahora. Una pequeñita, unos cuantos tubos, tanques y aparatos. Refinería experimental la llamaban y de allí salían unos petróleos turbios y aceitosos que Chano Cabrera y yo vendíamos por toda la región. Un petróleo de mierda. La gente hacía bien en no querer comprarlo, porque en un rato carbonizaba mechas y bombillas de los quinqués. Fueron tiempos difíciles, pero los viví bien. Hubo otros de los que no quisiera hablar nunca.

Don Lauro se llevó la mano buena a un bolsillo y sacó algunos billetes para pagar la cerveza. Víctor puso su parte.

Memo Domínguez se hallaba en todos lados. En las cantinas, en los bailes, en la misa de doce los domingos, en la refresquería de los Jara, en el embarcadero, donde después de misa se abordaban lanchas y cayucos que llevaban a los pueblos ribereños. Memo era un joven delgado y de cabello claro, tez blanca, un bigotito rubio que cuidaba mucho. Un rumor franco decía que era hijo de inglés, o de otra manera

cómo explicar el color de su piel, si el padre que lo reconocía era un moreno tosco, matancero, y su madre era igualmente oscura; de qué otro modo justificar su desmedida simpatía por los ingleses. ¿O no todos los sábados, ataviado con filipina blanca y corbata de moño, atendía mesas en el casino? ¿No se sabía que aprovechaba esas fiestas para pasar informes a Mr. Dable y Mr. Tucker?

Estaba en todas partes Memo Domínguez. Si en el taller, aprovechando un tiempo muerto, Víctor se acercaba a conversar con Jesús Linares, con el Negro Mackenzie, a tratar de convencerlos de que la huelga era buena, no tanto por atraerlos al lado de los entusiastas, cuyo número bastaba para sostener el movimiento, como para evitarles la posterior vergüenza, los insultantes calificativos, advertía de pronto la presencia candida, el sumiso abordaje de Memo, que solicitaba en préstamo una llave de golpe o quería nomás avisar que esa noche su padre iba a matar puerco, por si querían carne fresca, pues. Víctor se daba vuelta, retornaba violento a su banco de trabajo, mastucando esa calculada impertinencia que le impedía continuar su discurso dirigido a uno de aquellos dos o a cualquier otro renuente como Palemón González o el juchiteco Ordaz. Aparecía Domínguez y la conversación se deslizaba a la trivialidad, los rostros asumían apariencia de arcilla modelada, así de impenetrables.

Dos años atrás se habían ido a la huelga. El Sindicato de Trabajadores Petroleros de Minatitlán mantuvo un mes el paro de labores. Y habían ganado. Ahora las condiciones eran más propicias, razonaba Víctor, tenían un sindicato nacional, eran más fuertes.

Hijos del Águila

—Pero yo no entiendo para qué sirve el sindicato nacional —decía Palemón—, nuestro pleito es aquí con los del Águila, a ver cuántos centavitos más les sacamos, a ver qué prestaciones.

Víctor no aceptaba ese lado mezquino de los compañeros. Explicaba vehemente, con brío que le nacía en las tripas, la nueva situación del gremio, hay que darse cuenta de que todos somos petroleros, aquí y en Nanchital, aquí y en Tampico, en México, en Mata Redonda, ahora podemos dar la pelea juntos y ya verán, compañeros, cómo nos va a ir mejor.

—No te digo que yo estoy contento, pero estoy bien, Víctor, no quiero buscarme dificultades —remataba Palemón, y tomaba el martillo y dejando asomar una sonrisa triste le preguntaba a Memo qué quería.

Dos pitazos del silbato de la planta de fuerza anunciaban el fin de la jornada. Víctor limpiaba y guardaba la herramienta y se iba a comer a alguna fonda barata del poblado. Después mataba el tiempo en el local del sindicato, donde todos los días esperaban noticia de las negociaciones en México. Los miércoles y sábados, si no había más que hacer, buscaba La Flama y la plática con Lauro. Había un cine en el pueblo, un galerón con largas bancas de madera donde podían verse películas rayadas donde se adivinaba a Lupe Vélez y a Douglas Fairbanks, pero allí no imaginaba posibilidad de disfrute si no era en compañía de Elena, y a la hora de las funciones Elena existía para otros, para quienes después del plato de cecina de venado exigían vasos de ron o de guanábana con caña.

Esa tarde había movimiento en el local del sindicato. Se acababa de recibir telegrama de México llamando a un

paro de labores para el día 25, dos días después. La huelga nacional estaba prevista para el día 28, pero nada se había dispuesto para el 25. Dos secretarios menores de la sección y algunos miembros del comité de huelga sesionaban en torno a la mesa de tablonés, se exasperaban ciertos compañeros ante la incapacidad de un viejo dirigente para abordar las cuestiones concretas y urgentes, empeñado en recordar los viejos tiempos de la guardia blanca, de las desapariciones y el asesinato impune.

—Eso ya pasó, compañero —interrumpía a gritos Anatolio Sánchez. Ahora somos más fuertes que los blancos. Lo que hay que ver ahorita es cómo cumplimos con el paro. Y tú, compañero, parece que no quieres que tomemos decisiones. Al grano, a lo que venimos.

Se trataba de que al día siguiente, sin falta, se diera aviso a los representantes de talleres, oficinas y plantas. Había que mandar mensajeros a los campos, organizar las guardias, los rondines, el abastecimiento de café y comida. Sonando las 12 de la noche del 24 cerrarían válvulas y echarían abajo los interruptores. Entrada la noche lograron ponerse de acuerdo y se designaron las comisiones.

—Y hay que tener cuidado, compañeros, porque entre nosotros hay traidores, hay algunos que quisieran vernos de rodillas pidiéndole perdón a los patrones. Cuídense de los soplones, compañeros, cuídense de aquellos que nunca toman parte en la lucha, pero que están en primera fila a la hora de exigir los beneficios. Hoy se quejan de que la huelga les trae problemas, pero mañana, cuando nos levantemos con la victoria...

Víctor y Anatolio lograron escabullirle el cuerpo a lo que parecía una larga exhortación. El mulato tenía la

responsabilidad de reunir a los encargados de paralizar el sistema de operación, Víctor llevaba la encomienda de transmitir las instrucciones a los representantes de carpinteros y veladores y organizar las guardias de mecánicos.

Se fueron caminando por los habituales callejones cubiertos de un barro pegajoso y siempre fresco. Doblaron a la izquierda pasando la cantina El Farolazo, a esa hora tupida de escandalosos inquilinos, y después de cruzar la plaza de armas se internaron en la parte más vieja de la población, rumbo a las casas altas de la Loma del Espíritu Santo.

Al Anatolio Sánchez no se le veían ganas de platicar, iba como envuelto en una nube de desasosiegos. Y era mejor así, razonaba Víctor, porque no les vendría más tema que ese imprevisto telegrama y las dificultades que se desprendían. Ya para agarrar la cuesta Anatolio pareció darse cuenta de que Víctor lo acompañaba y tú qué tienes que hacer por estos rumbos, muchacho, si tú vives por allá por la ciénaga.

—Ganas de no caminar solo, de dar la vuelta.

—¿No será que tienes miedo?

Víctor negó amacizando el rostro, no, él no le tenía miedo a nada. Anatolio, entonces, se despidió a su manera seca y sin efusiones. Después se perdió en el oscuro caserío.

Víctor Novoa sabía muy bien qué lo había llevado por esa ruta. Detrás, a unas cuantas casas de la loma de Anatolio, se levantaba el caserón de múltiples habitaciones donde moraba Elena. Echó a andar de regreso. Tenía que desandar unos cientos de metros para hallar el camino a la ciénaga, pero se detuvo frente a la casona aquella.

El ventanuco cuadrado del cuarto de Elena no estaba iluminado y el hecho no le extrañó a Víctor porque

Elena con frecuencia abandonaba la fonda cerca de la medianoche, y a veces a esas horas la buscaba Alfredo y juntos desaparecían en alguna de las brechas que comunicaban al pueblo con las rancherías cercanas.

Allí, frente al agujero negro, se estuvo fumando, imaginando un día radiante, imaginando a Elena en un vestido blanco con gasas azules al bajar la escalinata de pulida piedra, cruzar el jardín en que florecían tulipanes y orquídeas y acercarse resplandeciente a Víctor. Víctor arrojó lejos el cigarro y colocó los labios en la piel acanelada, tersa piel de ciruela, de mango, de miltomate. Miró los ojos en que luchaban el gris y el negro, donde la ternura y la felicidad se hallaban siempre dominadas por la angustia.

—¿Qué haces aquí?

Víctor se negaba a confesar que había acudido con la única intención de verla.

—Paseando nomás.

Elena inició una danza sobre el césped que tapizaba esa calle y todas las calles del pueblo, un césped verde y breve que no lograban maltratar las pisadas, el paso de las recuas o las toscas ruedas de los carromatos. La muchacha dejó de bailar tan abruptamente como había comenzado y fue hacia Víctor. Él tendió los brazos para recibirla y ella se detuvo a dos pasos.

—Tú lo mataste. ¿Dónde está su cuerpo? —preguntó ella con voz seca y metálica, con el rostro distorsionado por una mueca feroz.

Víctor la miró extrañado. ¿A quién se refería?

—Dime dónde está Alfredo, Alfredooo, Alfredooooo.

Huía la voz, se debilitaba y acabó perdiéndose mientras se derrumbaban los muros de dura piedra del caserón, con grandes crujidos se abría la tierra y expulsaba un paisaje nocturno de miserables construcciones emplazadas sobre terreno lodoso. Víctor le dio una última chupada al cigarro y lo tiró. En la vieja casona de madera se abrió una puerta y por ella salió dando tumbos y gritos una mujer desnuda que cayó sobre la carcomida madera del porche. La puerta se cerró con estruendo y la mujer quedó encogida en el piso, gimiente.

II. El gran mango del río, 1936

La energía eléctrica, los drenajes y el agua corriente eran desconocidos en la ciénaga. En las viviendas se alumbraban con velas o quinqués, las más íntimas necesidades se satisfacían en letrinas o al aire libre y la gente se bañaba a chicalazos, a golpes de jícara, con agua de lluvia reunida en barriles o llevada de los pozos a lomo de bestia.

Así era desde tiempos inmemoriales y a esa situación se resignaban los viejos y los niños. Los jóvenes no. Los jóvenes aspiraban a la casa de estructura y espíritu inglés, con habitaciones higiénicas y bien iluminadas. Pero entre la aspiración y la posibilidad se levantaban infranqueables la propia miseria, la pobreza del erario municipal y la desganaada confianza del vecindario en que algún día, por órdenes de alguna autoridad milagrosa, se presentarían los cavadores de zanjas, los hombres que tenderían cables eléctricos y largas y relucientes tuberías.

Como los demás, Víctor y Alfredo no disfrutaban de aquellas comodidades modernas. Varias veces había propuesto Víctor que vendieran el caserón y que en el centro del poblado, donde tendrían acceso al agua corriente y a la luz, compraran una casa pequeña, alquilaran cualquier vivienda cómoda. La respuesta del hermano mayor era siempre la misma: no. El poblado crecía y progresaba de prisa y muy pronto comenzarían a urbanizar la ciénaga y tal vez los terrenos de las rancherías cercanas.

—Tú no entiendes de negocios, hermanito. Es cosa de esperar tiempos mejores, cosa de tener paciencia y vender después con beneficios que ni te imaginas.

Víctor, de mala gana, aceptaba las razones de Alfredo, pero consciente de que su hermano viajaba con frecuencia a San Andrés, donde esperaba avecindarse, y allí, con toda la paciencia del mundo, podría aguardar que subieran los precios de estas tierras y vender entonces. Cómprame mi parte, proponía Víctor, pero Alfredo ¿con qué ojos?, el negocio no deja gran cosa, vivo al día, como tú.

Y Víctor se tragaba en silencio la mentira, porque sabía de los depósitos en un banco sanandresino, pero no se atrevía a mencionarlo porque había descubierto la libreta de ahorros hurgando entre los papeles de Alfredo, en busca de alguna carta de Elena, alguna nota, cualquier indicio que le dijera algo más sobre la relación de la pareja. Había hallado, en cambio, la fotografía de una mujer hermosa, dedicada recientemente a su hermano con una escritura tosca.

Esa noche Alfredo no se encontraba en casa. Víctor puso a calentar un poco de café aguado y sentado a la mesa bebió el café con canela y comió una pieza de pan de huevo,

mientras bajo la luz danzarina intentaba leer una historia de barcos y ballenas. Era uno de los libros del viejo, Enrique Novoa, asesinado por un matón del rumbo cuando Alfredo y Víctor eran muy niños.

A la luz amarillenta, variable y débil del quinqué, los ojos se fatigaban muy pronto en la lectura. Víctor cerró el libro, encendió un cigarro y salió a fumar al porche. Sentado en los escalones pensó en el viejo, de quien no guardaba recuerdo que fuera más allá de una desvaída fotografía fechada en 1916 y que mostraba a un hombre delgado y magro, con botas altas, sombrero de ala ancha y pistola al cinto. En los rasgos del viejo había creído descubrir coincidencia con los suyos: ojos tranquilos, nariz de pájaro, boca y barbilla fuertes, pero Alfredo, que llevaba los ojos claros y la nariz fina de mamá, lo desengañó.

—Hay algo, tienes algo de papá, pero yo tengo más. Tú eres como mamá, débil, tristón. El viejo fue revolucionario, tenía carácter.

Enrique Novoa había muerto antes de cumplir los cuarenta años, pero de vivir andaría por los sesenta y sería el viejo. Víctor sabía más de su padre por los relatos truncos de Lauro Marini y por sus libros, una menguada biblioteca que incluía el *Cándido* y las *Memorias de ultratumba*, obras de Kropotkin y Proudhon, *El periquillo Sarniento* y *Moby Dick*, relatos de viajes y una antiquísima historia mundial, que por las conversaciones de mamá.

Platícanos, mamá, platícanos de nuestro padre. Y ella narraba siempre y sin ilación, entremezclándolos, el relato de una batalla apócrifa, anterior al momento en que se conocieron, y el de su muerte en esa misma casa. Platícanos, mamá.

Ella contaba entonces la sublevación de su marido, que por entonces no era su marido ni imaginaba serlo, contra don Porfirio, y terminaba llorando y se sumergía en un silencio que duraba días enteros y del que no lograban sacarla los ruegos y las caricias de sus hijos.

Del viejo había heredado medio centenar de libros. De su madre, muerta unos años antes de hastío, de mer-mados recuerdos, de ganas de no vivir, ese caserón que había sido de sus padres y antes de sus abuelos y antes no era sino un espacio vacío sobre las tierras pantanosas que el abuelo Martín Viveros y otros hombres tan decididos y necesitados como él comenzaron a desecar en el año de 1876, el año en que Porfirio Díaz subió a la presidencia, el año mismo en que nació su padre.

—Su abuelo, el padre de su padre, era general...

—Ay, no, mamá, no lo asciendas, el tío Chema decía que nomás era mayor.

—Pues allá Chema, que Dios lo tenga en su santa gloria si le perdonó que hubiera querido casarse con la viuda de su hermano, pero sí tengo seguridad de que el abuelo era amigo de Porfirio Díaz. Yo conocí las cartas que muchos años después, cuando ya los revolucionarios, los hombres de tu padre, lo habían derrocado y el tirano se había ido a la Francia, le mandaba al abuelo. Decía que el pueblo era ingrato y que extrañaba mucho a México. Pero yo lo que sé muy bien es que cuando sucedió lo de tu padre, su padre, que era el abuelo de ustedes, vivía en la capital, era ministro.

—El tío Chema decía que era diputado, mamá.

—Valiente tío Chema. Nomás estaba esperando que se muriera Enrique para venirme a decir que él cuánto me

había querido, que iba a dejar a su mujer para matrimoniarse conmigo. Pero lo que yo sé es que tu padre un día agarró su carabina y se fue a echarle bala a los soldados de Porfirio Díaz. Por eso lo mataron, nunca le perdonaron que defendiera a los pobres, y un día vinieron los soldados, rodearon la casa y llamaron a tu padre. Era ya noche y él salió con el quinqué en la mano, desarmado, confiado como él era, creyendo que lo llamaba una voz amiga. Qué va. No más cruzó la puerta y sonaron los tiros. Aquí mismo cayó, en este sitio, no voy a olvidarlo nunca.

—Pero decía el tío Chema que primero estuvo preso, y también eso contaba la tía Raquel.

—Estuvo preso, lo tuvieron en San Juan de Ulúa, encadenado, sin ver el sol, a pan y agua. Cómo no voy a recordarlo si fue entonces, cuando salió de la cárcel, que yo lo conocí. Muy flaco, muy delgado, descolorido, pensativo siempre, algo tenía clavado muy adentro y nunca supe qué era. Después vinieron y lo mataron.

En los escalones del porche, donde ahora Víctor cazaba recuerdos, acababa llorando mamá. Y en ese oscuro entorno brillaron a lo lejos, donde comenzaba el camino de terracería, dos puntitos de luz que comenzaron a crecer. Era la camioneta de Alfredo.

Alfredo detuvo el camioncito de redilas frente al porche, y apenas bajaba del vehículo y ya estaba señalando el interior de la casa, la voz agresiva, opaco el rostro.

—Qué ganas de gastar petróleo. Si no estás usando el quinqué, apágalo.

Sin mencionar que él compraba el petróleo, sin aclarar siquiera que era tractolina, Víctor siguió a su hermano al

interior de la casa. Alfredo dio más mecha a la lámpara y se elevaron negros penachos de humo.

—Mejor hay que usar velas. Nomás mira qué humadera, es ese pinche petróleo que hacen ustedes.

No era normal esa agresividad en Alfredo. Traía muchos alcoholes encima, pero en otras ocasiones el alcohol lo ponía alegre y comunicativo, fanfarrón cuando mucho, y a veces no dejaba ver nada, porque llegando se quitaba las botas y, sin despojarse de la ropa, se dejaba caer en la cama, lo dominaba el sueño. Esta vez traía mal alcohol. Víctor buscó un lado bueno.

—Hay que comprar una lámpara de gasolina. Le acaban de llegar unas muy buenas a Crisanto. Y no están caras.

—¿Y qué? ¿Con lo que te paga el Águila no te alcanza para comprarla? Parece que yo tengo que comprar todo aquí. Compré la estufa que ni uso. Compré la madera para reparar el piso. Todo.

Había omitido mencionar que Víctor se encargó de reparar el piso. El hermano menor se guardó la réplica.

—¿Quieres comer algo? Hay guisado de puerco, pan, café. —No, no, nada. Estoy cansado.

Alfredo ya había controlado la llama del quinqué y se la llevó con él, la puso sobre el buró junto a su cama, en ese lado de la habitación separado del de Víctor por una manta colgada del techo que sólo en parte obstruía la visión. Sentado en la cama se quitó las botas. De los bolsillos sacó algunas hojitas de papel que examinó y ordenó. Después comenzó a hacer anotaciones en una libreta grande que guardaba en el buró.

Hijos del Águila

Víctor se tendió en su cama. A través de la manta percibía un resplandor difuso, algún indescifrable movimiento de sombras.

Escasa comunicación había entre Víctor y su hermano. De algunos años a esta parte se comportaban como dos extraños y Víctor no alcanzaba a determinar con precisión el momento en que se había torcido el rumbo. Antes de que mamá muriera iban juntos a la escuela, juntos jugaban béisbol en la llanada de la curva del río o iban a bañarse a las pozas ribereñas. A mamá le complacía saberlos buenos hermanos y les aconsejaba que así fueran siempre.

—Algún día les voy a faltar, mis hijos, y entonces tendrán que ver el uno por el otro. Tú, Alfredito, tú que eres el mayor, me vas a cuidar a Víctor, va a necesitar de tu ayuda, de tu consejo. Y tú, mi niño, mi Víctor, vas a querer a tu hermano como si fuera tu padre y tu madre.

—Te lo prometo, mamá.

Desde muy niños les venía diciendo mamá que ya no tenía ganas de vivir y que nomás iba a esperar que crecieran para morirse.

Y les cumplió.

A la muerte de doña Eulalia, Víctor acababa de cumplir 16 años y Alfredo andaba cerca de los 19. Alfredo ya había comenzado a trabajar con un distribuidor de cerveza que más tarde se fue a Orizaba y le heredó el negocio y le vendió el camioncito rojo de redilas que minutos antes avanzaba por el camino de terracería.

Víctor halló trabajo en la refinería de El Águila, se hizo hombre entre los hombres del petróleo. Ocho años habían pasado desde la muerte de mamá y tres, a lo sumo,

de que Víctor y Alfredo se fueran distanciando sin que mediaran razones, sin que Víctor pudiera precisar qué había pasado y cuándo había pasado eso que él no comprendía.

—¿Te está yendo bien, hermano? —preguntó Víctor.

Hubo un largo silencio. Y al fin se escuchó la voz esquiva de Alfredo.

—¿Me estás hablando a mí?

A quién si no. Víctor supo que la respuesta, esa banal pregunta, era un intento de rehusarse a la conversación.

—Sí. Te preguntaba si te está yendo bien.

Víctor se hallaba acostado, con los brazos cruzados bajo la cabeza. Esperó unos minutos, una eternidad.

—Sí, muy bien.

Ahora estaba seguro de que se había entablado una batalla. No eran ganas de hablar, sino de romper esa coraza de distancia y de silencios que Alfredo se había creado. ¿Y por qué? ¿Con qué derecho?

Víctor se levantó, encendió la estufa y puso sobre el fuego una sartén.

—Tienes que cenar algo, Alfredo. Voy a calentarte el guisado.

Silencio. Un silencio magnífico que se extendía a toda la región como el anuncio de una desgracia inminente y crecía ante el crepitar del fuego y el chirrido de la manteca en la sartén.

—Hay tamales de pollo.

—No quiero, no tengo hambre.

—Tasajo, costillas de puerco.

—¡Carajo, ya te dije que no tengo hambre! ¡Déjame en paz!

No le interesaba a Víctor el sentido de las respuestas, sino el hecho mismo de la comunicación, la más elemental, la que consiste en que uno hable y el otro responda. Ante la exasperación evidente en la voz de Alfredo, dejó pasar unos minutos. Apagó el fuego y fue a sentarse en su cama. Se quitó las botas sin temor a hacer ruido. Encendió un cigarro. No estaba dispuesto a abandonar la presa.

—¿Y Elena? ¿Sigue siendo tu mujer?

Víctor imaginó a su hermano levantando la cabeza, apartando la mirada de las anotaciones que hacía en la libreta y que significaban cartones de cerveza colocados en Soteapa, Jáltipan, Acayucan, Francita, Nanchital, Cosoleacaque, Minatitlán.

—Sí, ya lo sabes —llegó la voz distante y cargada de resignación.

Víctor adivinó que la paciencia se agotaba, que una frase, una palabra, desencadenaría toda la ciega malevolencia.

—Esa muchacha te adora. No la pierdas.

Del otro lado de la manta se escucharon ciertos ruidos confusos, el seco golpe del cajón del buró. La sombra deformada de Alfredo se dibujó en el trozo de tela y de pronto allí estaba el hermano, iracundo, frente a Víctor.

—Te gusta esa chamaca, ¿verdad?

El gris y el negro de los ojos intensos.

—Sí, me gusta.

—Pues búscala, enamórala. Pinche petrolero muerto de hambre.

—No te enojas, Alfredo —dijo Víctor con la voz muy suave. Somos hermanos. Yo no tengo la culpa de que los gustos me hayan salido iguales.

—Qué bonita chamaca —dijiste clavándome la mirada, táctiles tus ojos, apoderándose de cada punto de mi cuerpo, de cada célula. Tus ojos me olfateaban, me lamían. Qué bonita chamaca. ¿De dónde la sacaron? Había salido de la cocina, de lavar platos porque ese día Matilde se peleó con la patrona y se largó y la patrona me mandó a atender las mesas y que fuera buscando otra muchacha para que ayudara a lavar la loza. Sí, doña Luz, lo que usted diga, doña Luz. Comencé a correr con los platos de caldo de la cocina a las mesas, con la cecina de venado, con las aguas de guanábana y tamarindo, las cervezas, los platos y vasos sucios de las mesas a la cocina y cuando había unos minutos de tranquilidad dejaba el nuevo puesto de mesera y volvía, temporalmente, al antiguo de lavaplatos, picadora de chiles, cebollas y jitomates, peladora de papas.

No, no me molestaba fregar platos, por cosas peores había pasado. Mi madre murió cuando tenía yo seis años y me recogió Lorenza Sánchez, que me dio cuatro hermanitos: uno de cinco años, uno de cuatro, uno de dos y el último de meses. Eso fue en Jáltipan. Mi padre, desde la muerte de mi mamá agarró una borrachera que le duró varios meses y luego desapareció; algunos dijeron que se había venido a trabajar al petróleo aquí en Minatitlán. De la señora Lorenza no puedo decir que me haya tratado mal; hizo lo que pudo. Fui cuatro años a la escuela y ella me enseñó todo lo que hay que hacer en una casa: guisar, barrer, coser, bañar al niño chiquito, pero sobre todo a lavar y planchar.

La señora Lorenza lavaba ajeno, a la señora Lorenza le dolían los pulmones de tanto lavar y planchar. Un día

dijo que ya no podía más, dijo que iba a morirse si lavaba una enagua más, que iban a reventarle los pulmones si tenía que planchar. La señora Lorenza, desde entonces, se acostaba en una hamaca y allí se estaba todo el día abanicándose. Yo lavaba y planchaba. Yo almidonaba las camisas del maestro Pacheco, un viejecito que todos los días iba a la escuela de camisa blanca almidonada, traje negro, corbata negra, imagínate, con aquel calor.

Yo iba todas las tardes a entregar la ropa y la señora Lorenza pasaba los sábados a cobrar. Qué iba yo a decirle a la señora Lorenza, si me había hecho el favor de recogerme, de darme de comer, de mandarme a la escuela para que aprendiera a leer, escribir y hacer cuentas, de enseñarme todo lo que había que hacer en una casa para que cuando creciera los hombres se pelearan por esa mujer hacendosa.

Así cumplí los 11 años, los 12, los 13. Y entonces me vine a Minatitlán con la idea de encontrar a mi papá. Nadie me supo dar razón de Efraín Toache. Nadie, en todos los pueblos de la región, ha oído jamás hablar de Efraín Toache, como te consta a ti, que en todos esos viajes que haces para vender cerveza has preguntado por Toache y no, que ningún Toache. ¿No me estarás mintiendo, Alfredo? ¿No me dirás que sí, que has preguntado en todas las cantinas y cervecerías de la región, pero no es cierto porque qué tienes tú que andar preguntando por alguien que ni conoces? ¿O no será que mi padre se cambió el nombre y por allí anda emborrachándose como Juan Pérez? A lo mejor se murió de tristeza mi papá y por ahí lo enterraron como un desconocido, lo echaron a la fosa común, no le rezaron ni un padrenuestro. Si vive, ha de andar por los

40 años. Me pregunto cómo será. Me pregunto cómo sería, porque no recuerdo el color de sus ojos ni el de su pelo, no recuerdo las líneas de su rostro ni su estatura ni la forma de su cuerpo.

Sólo recuerdo que era un hombre bueno que me decía mi niña y me besaba y me acariciaba los cabellos. Pero no te puedo pedir, Alfredo, que vayas por ahí por esos pueblos preguntando por un buen hombre de unos 40 años que hace unos 10 abandonó a su hija en Jáltipan.

No importa, alguna vez vas a llevarme contigo en esos viajes y mientras tú haces negocio con los compradores de cerveza yo me voy a echar a recorrer las calles, y si mi padre vive y anda por allí, voy a reconocerlo, me lo va a decir la sangre, Alfredo.

Aquí en Minatitlán la sangre no me dijo nada. Vagaba muy atenta, un petrolero me llevó a la Unión a preguntar. Preguntas sin respuesta, vagas señas de alguien que pudo haber llegado diez años atrás, pero ningún Toache, no era ése el apellido, tal vez en aquellas casas te puedan informar. En esas casas, en los barracones junto al río, en las cuevas de la Loma del Gallo. Silencio, negativas, desengaños. En esas andanzas me ayudaron Edelmira y Petrita, las polleras, esas almas de Dios. Me dieron casa y comida, y cuando supieron que la casa de los Murphy necesitaba una sirvienta, me recomendaron. La señora Murphy en realidad se apellidaba Pineda. Era una teca morena y gorda de pechos muy grandes, cualidad por la que seguramente le gustó al inglés. En sus tiempos debe haber sido guapa, eso sí, hace 15 años, 20. El inglés es ingeniero, tú debes conocerlo, un tipo alto, callado, que casi nunca te echa una mira-

da, que te pide las cosas por favor, te da las gracias cuando le llevas el agua caliente para el té.

Pero la teca ésta tenía miedo de que le arrebataran a su inglés, que ese cincuentón solitario de pronto fuera a enamorarse con desesperación de cualquier chamaca de piernas bonitas y piel fresca. Me celaba la teca, me vigilaba, me decía que no usara los vestidos tan cortos, me obligaba a oprimirme los pechos con tiras de tela, como si hubiera podido competir con ella.

Y bastó con que un día el inglés saliera al patio trasero mientras yo me bañaba a jicarazos para que la señora Murphy, la teca Froylana Pineda, agitando los pechos que le desbordaban la blusa, encendida la oscura piel del rostro, los ojos dilatados, me acusara de todas las vilezas, tomara de mi cuarto vestidos, blusas, corpiños y zapatos, un retrato borroso de mi madre, peines, peinetas y un espejo y arrojara todo al patio.

Putilla desvergonzada, que ya me había visto coque-tearle a su marido, tan jovencita y tan puta, que yo lo provocaba, que si era tan mujer me buscara mis hombres. El inglés no se dio por enterado. Fue hacia los limoneros del fondo del patio y cortó frutos jóvenes para aderezar su ginebra. Otra vez me acogieron Petrita y Edelmira, otra vez a retorcer pescuezos, a desplumar, descañonar, arrancar vísceras calientes y grasientas. Un día me dijeron que me viniera a trabajar a la fonda, no me iba a faltar comida y doña Luz me cedería un cuarto en un caserón de su propiedad, donde las artes de un carpintero habían convertido cuatro habitaciones en docenas de cuartos. Ya ves, de todo eso había salido la chamaca, de una breve vida sin paciencia ni olvido.

Antes de las siete de la mañana Víctor ya se había puesto la ropa de trabajo. Cuando sonó el silbato llamando a las labores ya estaba de vuelta en el taller, después de haber alertado a los representantes de veladores y carpinteros. Ya estaban designados los sitios en el perímetro de la refinera donde, organizados en cuadrillas —apropiándose en la tarea sindical de la jerarquización impuesta por el trabajo: cabo, maestros, ayudantes, peones—, los trabajadores vigilarían los accesos al centro de trabajo: portadas norte y oriente, muelles, línea ferroviaria, el descampado que se abría frente a la zona de tanques de almacenamiento.

A los mecánicos les correspondía hacer rondines en la zona de tanques. En el galerón de alto techo de dos aguas Lauro Marini y Víctor ajustaban el impulsor de una bomba de arrastre. Esa mañana el ayudante andaba distraído. No previó el uso de cierta llave de estrías, olvidó en la caja grande el calibrador de laines, abandonó un montón de estopa sobre los casilleros. Qué le pasaba, le dijo Lauro, áspero le reprochó los descuidos y una vez lo envió, otra, a recoger, a recuperar, pero no dejó de advertirle que más sabía el diablo por viejo, que entendía, y lo que entendía era que en cada viaje Víctor se demoraba para arrimarse a los que asentaban válvulas, a quienes alineaban una flecha, a aquellos que taladraban placas de metal o inclinados sobre los tornos fabricaban tornillos, para invitarlos con unas cuantas palabras a reunirse esa noche bajo el gran mango del río para de allí partir a la zona de tanques.

A las doce de la noche comenzaría el gran paro, la demostración de fuerza y unidad del sindicato nacional

petrolero. Y no faltaba quien preguntara para qué tantas precauciones, si todos estaban dispuestos a parar, a irse a la huelga días más tarde.

Para Víctor estaba claro que no bastaba con faltar al trabajo. Se ausentaban a veces porque los tragos pesaban demasiado o porque el cuerpo disponía acoplarse una vez más con el desnudo y oloroso cuerpo de mujer que yacía al lado o más sencillamente porque soplaba viento fresco y a quién le daban ganas de someterse entonces a la espesa y atosigante atmósfera del galerón. No bastaba, Víctor lo comprendía, con hacer a un lado las labores, porque era en las guardias y en los rondines —más allá del nombre resonante, de las siglas sabiamente elegidas, del plebiscito, de los temores íntimos o de la igualmente íntima bravura, de la declaración formal— donde debía cristalizar, hacerse carne y sangre, el organismo nacional de los trabajadores del petróleo, de los que refinan en Mata Redonda y Azcapotzalco, cabrones; de los que sacan el aceite en Tuxpan, Ébano y Francita; de los que llenan buquetanques en Minatitlán, Tampico, Nanchital. No bastaba, se repetía y les repetía Víctor, con negarse a la jornada laboral. Hay que lanzarse, había incitado la noche anterior el mulato Anatolio, a la acción y la lucha, que son los símbolos más grandes de la vida.

Pero Víctor, ahora, en el taller, bajo la dulce y escrutadora mirada de Memo Domínguez, no pedía demorarse en el discurso y prometía explicaciones más tarde, a la hora del almuerzo, luego de la jornada, o por la noche, al amparo del gran árbol de mango.

Eran las cinco y pico. Ocultando la hosca mirada bajo el ala del panamá castigado por el sudor de años, Lau-

ro Marini se despidió de Víctor frente a los billares de los hermanos Jara. Se fue chanco, mocho, disparejo, a buscar refugio en La Flama, en sus recuerdos. Víctor entró al billar. Tenía que encontrarse allí con Esmaragdo Reveles —con ese nombre me jodieron, hermanito— para jugar una partida de *pool* y, mientras dejaban rodar las numeradas bolas de colores, dejar de una vez claro que todos los movimientos —para qué tanta complicación, compañerito, si ya empeñamos la palabra— tenían un sentido franco y bueno.

Víctor embuchacó dos bolas. Con el cuerpo muy erguido parecía estudiar las trayectorias posibles, pero en realidad ganaba tiempo, armaba una respuesta contundente y definitiva. Se inclinó y permitió que el taco se deslizara entre el cordial y el índice. El golpe impulsó a la bola cuatro que empujó a la nueve hacia una de las troneras.

—Las empresas dicen que no hay sindicato, Esmaragdo, dicen que no tenemos fuerza nacional. Hacen correr rumores de que vamos a parar amenazados por los dirigentes. Dicen que el sindicato lo manejan unos cuantos pistoleros. Tenemos que demostrarles que los trabajadores estamos unidos, que sí queremos un sindicato nacional, que sí queremos un contrato colectivo que imponga iguales condiciones de trabajo aquí y en Nanchital, en Ébano, en Ciudad Madero. Si no ahora, ¿cuándo vamos a demostrarlo, Esmaragdo?

El taco de Víctor rodó sobre el fieltro verde de la mesa.

En El Mixtán, la fonda de doña Luz, servían la mejor sopa de pescado, el robalo al carbón. No faltaba la cerveza fría y el hielo abundaba en las copas de habanero y ginebra. En el

techo, las aspas de los ventiladores giraban en silencio. Las paredes, de un verde suave, pálido, daban una apariencia de frescura. En una mesa, solitario, se hallaba el japonés Tokutaira, pintor de brocha gorda que había remozado los muros del local y que después obtuvo el permiso de doña Luz para decorar un muro con una escena portuaria. Era, según el japonés, Minatitlán, pero un Minatitlán exótico, con el río navegado por sampanes y en el fondo una refinería con torres semejantes a pagodas. Tokutaira se mostraba orgulloso de las toscas ilustraciones y, a cuenta de futuras manos de pintura, ocupaba un pequeño cuarto en el caserón propiedad de doña Luz donde habitaba Elena y ocupaba todas las tardes una mesa en la fonda y se bebía una jarra de cerveza negra.

Aquí, en El Mixtán, trabajaba Elena, y a este sitio entró Víctor buscando al maestro mecánico Vicente Altamirano y a los ayudantes Cirilo Serrano y Dionisio Camacho. Se hallaban al fondo, bebiendo cervezas bajo un ventilador, y cuando apareció Víctor lo llamaron a silbidos. Era Altamirano un cuarentón analfabeto, juchiteco, de pocas palabras, de risa muy escasa; los ayudantes eran jóvenes y fuertes y sabían que la vida era para disfrutarla.

Elena se acercó a Víctor para preguntarle qué deseaba beber y sin mirarla, como si le fuera ajena, como si no pensara en ella los días y las noches, Víctor ordenó una cerveza.

Planteó inmediatamente a los compañeros la necesidad de que estuvieran puntuales en el sitio de la reunión, que llevaran lámparas y no estaba de más una botella de habanero para mantenerse despiertos. A las doce de la noche los operadores suspenderían las actividades en la plan-

ta eléctrica, en las destiladoras. A esa misma hora se instalarían las guardias en los accesos y ellos debían iniciar los rondines en la zona de tanques, donde se daba el mango, la guanábana y la pomarrosa. A las ocho de la mañana serían relevados por los soldadores y preguntó Altamirano, ese hombre terco y sagaz, cuál era el objeto de esas guardias y rondines, si no iban a mostrar más fuerza y unidad que la del propio paro.

Elena, con discreta eficacia, dejó la cerveza al alcance de Víctor. Atendiendo otras mesas echaba de tanto en tanto una mirada a la de los mecánicos y en el ir y venir captaba fragmentos de la conversación.

—Le hemos estado dando la vuelta a este asunto, maestro. Los periódicos de la capital están atacando duro al sindicato. Las compañías están metiendo mucho dinero en esto y no creen que lleguemos a la huelga, dicen que hay dispersión, que faltan pantalones. Entonces, compañeros, pues hay que hacerles ver que el sindicato existe, que está sólido y fuerte, y por eso se tomó la decisión de irse al paro mañana, tres días antes de la huelga. Ya se pidió a las autoridades que manden inspectores de trabajo para que certifiquen que la mayoría estamos con el paro, para que no se diga que son nomás unos cuantos incontrolables los que quieren provocar conflictos con las compañías.

Pero hay más, compañeros. Se sabe que aquí la empresa, por si viene la huelga, a la mejor también por el paro, que creemos los va a agarrar de sorpresa, ha estado entrenando gente, algunos eventuales, algún personal prestado por la hidroeléctrica, ferrocarrileros y desde luego sus ingenieros. Con esta tropa piensan sustituirnos y eso de ningún

modo podemos permitirlo, compañeros, y por eso vamos a vigilar las portadas, el muelle, la vía. Por eso vamos a vigilar la zona de tanques. Hay descampado, hay por allí alguna barranca, hay comunicación con la refinería y no queremos que por allí nos vayan a meter gente extraña.

El maestro Altamirano, que escuchaba un tanto escéptico, un tanto aburrido, le hizo señas a Elena para que proveyera cerveza. A Cirilo Serrano se le vio la intención de decir algo, pero Víctor se adelantó.

—Un momento, compañero, no hemos terminado. Pónganse a suponer que la empresa acepta que no puede impedir el paro, mucho menos la huelga, pero ve que hay oportunidad de perjudicarnos dejándonos la responsabilidad de las instalaciones. Entonces nosotros tenemos que cuidar que no haya daños. Yo no quisiera ni pensarlo, pero en este asunto hay que pensar en todo, y yo creo que la empresa es capaz de mandar a unos cuantos que provoquen por allí un incendio, echen a perder materiales, derramen un tanque. Yo no quisiera pensarlo, compañeros, pero es mejor que estemos prevenidos. Si las precauciones salen sobrando, mejor. Y usted no se me duerma, maestro Altamirano, nomás se termina ésta y lo mandamos a descansar porque ya sabe, a las once hay que estar sin falta en el mango del río.

—Nomás ésta y la otra y todas las que yo quiera —dijo muy bravo Altamirano— a mí nadie, ni mi vieja, va a estar contándome lo que me tomo.

Cirilo aprovechó la interrupción para preguntar cómo iba a comportarse el gobierno, ¿no se nos irá a echar encima como otras veces?

—No hay razón, compañero, estamos actuando dentro de la legalidad.

—Pues sí, es muy bonita la palabra legalidad, pero no sería la primera vez que con todo y legalidad nos ponen en la madre.

—Hay que recordar, compañero, que ahora el presidente es Cárdenas. Hay que recordar que hace unos dos años, cuando el general andaba en campaña, vino aquí a Minatitlán, nos juntó a los petroleros que en esa época andábamos de pleito todos contra todos y nos aconsejó que en vez de estar peleando por tonterías debíamos unirnos para hacer valer nuestros derechos. Ahora vamos a ver de qué madera es el general. Si es de buena, seguro que nos van a respetar. Y si es de mala, pues se va a tener que chingar el general.

—Ya me pusiste a pensar con eso de que aquellos pueden tratar de sabotear —dijo Dionisio. A ver tú qué aconsejas: ¿hay que venir armados, traer la pistolita, la escopeta?

—Está bien que lo preguntes, compañero, pero ya vamos a platicarlo al ratito porque si no voy a mear se me va a reventar la vejiga.

Víctor se levantó y al fondo a la derecha entró al mingitorio. Cuando salió, Elena le cerraba el paso.

—¿Qué te traes, Víctor? ¿Estás enojado conmigo?

—No, Elenita, para nada. Lo que pasa es que traigo muchas cosas en la cabeza, muchas preocupaciones.

—Sí, ya sé que andan con eso de la huelga, ya te oí platicar.

—Pues no tienes por qué estar oyendo lo que otros platican. ¿No te enseñaron que es mala educación?

—Fue sin querer, cuando pasaba cerca de la mesa. Pero me gusta oírte discutir. Eres muy apasionado.

Víctor miró con intensidad el rostro de la muchacha. Halló candor, una inocencia imprevista.

—¿Y Alfredo? ¿Cómo van las cosas con él?

Elena se dio vuelta, con un movimiento indolente, desapasionado, señaló una mesa lejana. Allá, junto a los monigotes del mural minatiteco japonés se hallaba su hermano con varios amigos. Hablaba Alfredo y los demás escuchaban con fervorosa atención. De pronto rompieron en carcajadas. Víctor volvió a su mesa.

—Sobre ese asunto de las armas no nos dieron instrucciones, compañeros, pero yo me imagino que si los enemigos vienen no van a venir tirándonos claveles o rosas de mayo. Y no es que yo lo recomiende, pero no vendría mal una pistola, el 30-30 que tienen guardado en el ropero, unos buenos pedazos de tubo. Eso sí, compañeros, nomás hay que usar el arma si nos atacan, que nadie suelte un tiro hasta que esos desgraciados comiencen a soltarlos.

III. Fugaces golpes de luz, 1936

Eran los últimos días de noviembre. Jorge VI había ocupado el trono de Inglaterra tras la abdicación de su hermano Eduardo VIII, provocado por un romance con la norteamericana Wally Simpson. Roosevelt preparaba su reelección. La guerra de Abisinia había terminado con la ocupación de Addis Abeba. Haile Selassie permanecía en el exilio y Etiopía había sido anexada a Italia. En España, durante el quinto

mes de guerra civil, Franco asediaba Madrid y los ejércitos populares resistían. En la región lagunera el presidente Cárdenas supervisaba la tramitación y ejecución de las dotaciones agrarias a los campesinos.

En Minatitlán los hombres se acercaban en silencio a la zona de tanques. Sólo el roce de las suelas contra la grava del camino acompañaba el canto de los grillos y las chicharras. Al frente de la hueste petrolera marchaba Víctor, impassible y sereno bajo la alta cúpula de la noche, preguntándose qué pensamientos acompañarían en tal momento a esos hombres que avanzaban como hechizados, qué entusiasmos insondables los impulsaban, qué temores se veían obligados a dominar para vencer el deseo de abandonar al grupo y volver en rápida carrera a la tranquila inocuidad de sus hogares. En qué pensaba él mismo antes de preocuparse por los pensamientos de sus compañeros. Quizás — justo antes de volverse para echar una mirada a su tropa y descubrir, al resplandor de las lámparas que apuntaban al piso, los rostros tensos y reconcentrados— pensaba en Elena, en ese reciente encuentro semejante a tantos otros y sin embargo tan distinto por el hecho simple de que ella hubiese proferido esas palabras: eres muy apasionado.

Palabras que le habían infundido un júbilo cálido y misterioso y a la vez una tenue y profunda irritación. ¿Qué podía saber Elena de pasiones? En todo caso agradecía el reconocimiento de su vehemencia, pero no dejaba de indignarlo esa enorme confusión de la muchacha que no le permitía distinguir entre la sencilla virtud de las convicciones y el remolino destructor y avasallante de la pasión.

Allá en la mesa de El Mixtán se apoyaba Víctor en los hechos, hacía la recapitulación de un elemental cálculo de

posibilidades, pero estaba muy lejos del apasionamiento, y si algo pudiera negarle a Elena sería el desvelamiento de su pasión única y verdadera, la amarga pócima que apuraba sin tregua solamente porque ella existía.

Víctor y sus compañeros cruzaron las vías del ferrocarril, subieron un empinado terraplén y se hallaron en la zona de tanques, donde entre la profusión de recios árboles de mango y pomarrosas de tupido follaje, se alzaban las enormes y plateadas estructuras cilíndricas de los recipientes de petróleo crudo y gasolina.

—Tú mandas, Víctor —le susurró Vicente Altamirano.

Apenas se hallaron en la zona de tanques los hombres parecieron recobrar la voz. Formaban medio círculo en torno a Víctor, se pasaban alguna botella de aguardiente, lanzaban fugaces golpes de luz contra la sombra circundante, aguardando con impaciencia las instrucciones del representante.

—¿Cuántos somos? —preguntó Víctor.

Por encima de cierta confusión inicial determinaron que eran 22 y entonces Víctor propuso que formaran dos cuadrillas. Una se internaría en el terreno que tenían enfrente y revisaría la barranca y los compactos grupos de árboles hasta llegar al río; la otra, en tanto, montaría guardia en la desierta franja que separaba la zona de tanques de la refinería.

Sin que mediara designación alguna, once hombres, entre ellos Víctor, el Negro Mackenzie y Lauro Marini, se marcharon agitando las lámparas, con un desenfadado parloteo que paulatinamente se fue convirtiendo en murmullo y antes de que recorrieran un centenar de metros

de nuevo era silencio. Los compañeros escudriñaban concienzudamente los troncos y el follaje de los árboles, los matorrales, las breves hondonadas de donde en ocasiones escapaba un animal asustado. Caminaban desconfiados y alertas, exhibiendo en los rostros una gran preocupación. Víctor parecía compartir ese loable estado de ánimo, pero en su intimidad se sentía como el componedor de una gran farsa, pues sabía bien que ningún peligro acechaba, que por el momento, esta noche cuando menos, no existía la facción enemiga dispuesta a someterlos a una prueba de fuerzas. Pero no se arrepentía de la maquinación, no hallaba nada censurable en arrojar a ese pequeño grupo a una búsqueda infructuosa que, lejos de dañarlo, alentaría el bravo flujo de la sangre, la gana de apostar contra un destino inescrutable.

Habían llegado al río. Los rayos de las lámparas, con entrecruzamientos múltiples, recorrieron la pedregosa ribera, se reflejaron en el agua oscura. Alguien hundió las botas en el cieno de la orilla y declaró con humildad que por allí nadie se arriesgaría. Lauro Marini, armado de lámpara y bastón, se acercó a Víctor para aconsejar el regreso por ruta diferente.

—Por donde usted indique, don Lauro.

Apuntando con el bastón Marini dijo que ya que habían bordeado la zona, podrían regresar entre los tanques. Víctor asintió. Su leve movimiento de cabeza hubiera podido pasar inadvertido, pero la dirección de sus pasos, elegida sin cavilaciones, fue elocuente. Los hombres lo siguieron y Lauro Marini se colocó a su lado. Detrás, mezclándose con el canto libre y orgulloso de los insectos de la noche, se escuchaban murmullos, apagadas risas. Marini y Víctor avanzaron en silencio, hasta que el viejo dijo:

—Todo esto me parece inútil, chamaco. Ir para acá, para allá, como si creyéramos en amenazas que nadie ha lanzado.

A sabiendas de que en la oscuridad no sería percibida, Víctor hizo una mueca triste, dolorosa. La sangre le subió a la cara y deseó que en ese momento cruzara frente a ellos una sombra rápida e indefinible, una figura fantasmal y sobrecogedora; que una banda les cayera a palos, que los tundieran, los hicieran sangrar, y entonces, con las heridas como evidencia, podría justificar sus prevenciones y sus exigencias. No sucedió nada y continuó marchando con pasos cada vez más anchos, más veloces, como si quisiera escapar de la inteligente obstinación del viejo. Marini se le emparejó.

—Pero te comprendo, muchacho —dijo, y en su voz había un matiz de compasión que hizo a Víctor sentirse torpe y humillado, como un niño incapaz de dar cuerpo de verdad a sus mentiras. De joven yo también quería combatir, y si no había enemigo lo inventaba.

El ardor subió de nuevo al rostro de Víctor, pero dominó su vergüenza y se volvió hacia el maestro para de algún modo agradecerle las palabras que lo libraban de esa batalla consigo mismo. Se encontró con un brillo inesperado, un pálido destello en la botella de licor que le ofrecía don Lauro. Tomó el frasco y bebió arrastrado por una desesperación desconocida. Por una desesperación que no entendía.

A lo lejos distinguieron unas luces inciertas. Esmeraldo se adelantó y dejó que su lámpara emitiera dos luces largas, una corta, una corta, dos largas. Del otro lado varias lámparas respondieron en idéntica forma.

—Son ellos —dijo Esmaragdo—, son nuestros compañeros.

El reencuentro de las cuadrillas suscitó una entusiasta recepción, como si la partida de Víctor regresara de acometer una riesgosa aventura. Preguntaban a los recién llegados si habían hallado gente extraña o algún indicio sospechoso, y ante las respuestas negativas, entre los que aguardaban cundió una cierta desilusión. Por su parte, Cirilo Serrano y Dionisio Camacho, que habían ido a los puestos de guardia en la portada norte y en el muelle, informaron que en esos sitios no había novedad. Víctor propuso entonces que el segundo grupo hiciera un recorrido semejante al de la primera cuadrilla.

Partieron al poco rato los once hombres y los que se quedaban formaron grupos en que se conversaba en voz baja. El Negro Mackenzie, presente por primera vez en una reunión de los luchadores sindicales, mostraba orgulloso una vieja escopeta heredada de un abuelo magonista y con la que, aseguraba, no había zopilote que levantara el vuelo a una distancia de 20 metros. Lauro Marini se apartó; sentado en una piedra y recostado en el tronco de un naranjo parecía reposar. Víctor echó a andar hacia el perímetro de la refinería, iba metiéndose en sus pensamientos, en regiones donde reinaba la especulación. Elena otra vez. Y ahora Víctor no recordaba si durante el rondín había pensado en ella. ¿Fue capaz de arrojarla de su atareada cabeza? Ella. ¿Y por qué no darle vueltas en la mente a las posibles razones de Lauro Marini para unirse a su gente, o a la insólita decisión que llevó al Negro Aarón Mackenzie a abandonar su casa a medianoche portando la escopeta? No podía recordar qué

pensamientos amasaba durante las últimas horas; en cambio podía recordar con detalle sus actos, las conversaciones sostenidas, nimiedades como ese matorral cubierto de pálidas flores silvestres que iluminó antes de llegar al río.

Comprendió entonces que había una memoria dócil y disponible para los hechos y otra, inasible y rebelde, para los pensamientos, pero reconoció que poco le importaba uno u otro registro, y esa noche seca y calurosa, con olores de albahaca y jazmín, con hombres que perdidos en la oscuridad batallaban contra enemigos invisibles, decidió que permitiría que lo vencieran la obsesión y el ensueño. Eran más placenteros que la realidad.

La caminata llevó a Víctor a unos cien metros de la casa de máquinas de ferrocarril, donde hacía guardia un grupo bullicioso. Se mantuvo en la sombra, viéndolos entusiasmarse con un juego de cartas y escuchando indescifrables retazos de conversación. Más allá de la casa se hallaban las instalaciones de la refinería, calderas, tuberías, condensadores y las torres de proceso, iluminadas, pero inusitadamente silenciosas, extrañamente inertes. Víctor no intentó acercarse a los hombres. Permaneció oculto en la densa oscuridad, con Elena apoderada de su alma. No acertaba a encontrar el significado verdadero de las palabras de la muchacha; no su sentido deferente sino la intención que ocultaban. Era posible que fueren solamente unas palabras corteses para el hermanito de su amante, pero Víctor se negaba a creerlo, y por tanto se entercaba en reconstruir de la manera más exacta aquel momento en El Mixtán: el comportamiento del cuerpo de Elena, los matices que dominaban su voz, las señales que se inscribían en su

mirada. Reconstruyó la escena una vez y otra y otra, hasta que la imagen apareció descompuesta, fragmentada, como corroída por los ácidos del tiempo y el olvido.

Faltaba el fresco viento del río. Era de madrugada y el calor no cedía; pequeñas gotas de sudor cubrían el rostro de Víctor y mantenían empapada su camisa. El representante de los mecánicos asumía la sana satisfacción del que con humildad ha cumplido tareas sencillas, pero el calor, las tensiones y el cansancio lo iban hundiendo en una poza de tibias aguas negras. Se sentó sobre la yerba y buscó respaldo en un inacabado muro de mampostería. Cerró los ojos. Era El Mixtán, identificable por el mural grotesco de Kato. Pero era un local distinto, con ventiladores de aspas metálicas que funcionaban a gran velocidad y camareros elegantes, ataviados como los que servían en el casino inglés.

Memo Domínguez, con filipina blanca y parsimoniosos movimientos, se acercaba para atender a la única mesa ocupada. Elena le daba alguna orden, después le sonreía dulcemente al hombre que la acompañaba y le tomaba la mano. Víctor gimió; se agitaba en el sueño como en el delirio de un palúdico. Distinguía una cabeza fuerte, de negra y espesa cabellera, la ancha espalda del hombre, unas manos nervudas que no le resultaban extrañas, pero no lograba identificar al personaje. Tenía que ser Alfredo, aunque aquélla no era su cabeza y su espalda era más angosta. ¿Y si no fuera Alfredo? Víctor no podía imaginar a Elena con nadie más, y ni siquiera deseaba imaginarla con Alfredo.

Pero ya Memo Domínguez volvía a la mesa y depositaba dos copas con un humeante líquido verdoso y Elena y el hombre alzaban sus copas. Algo decía ese hombre —¿Alfre-

do?— que hacía reír a la muchacha. Poca duda, a pesar de las disparidades físicas, le quedó a Víctor sobre la identidad del hombre: su hermano era capaz de hacer reír a un muerto, a un muerto serio. Después ella recobraba la seriedad y bebía, y algo extraño comenzaba a suceder, porque Elena volcaba la copa sobre la mesa y con gesto angustioso, llevándose las manos a la garganta, exigía ayuda. El hombre, tieso en su lugar, dejaba que ella se asfixiara, que aquel fatal veneno se le ramificara en las venas. ¿Por qué no acudía nadie en auxilio de Elena? ¿Por qué no él mismo, Víctor, el apasionado Víctor? Porque sólo podía ayudarla Alfredo, y si su acompañante no era Alfredo, entonces nadie.

Con las manos desgarrándole la garganta y los ojos muy abiertos, aterrorizados, Elena cayó de la silla atrapada por las convulsiones. Cuando cesó todo movimiento el hombre se puso de pie, se dio vuelta, y Víctor no podía creerlo porque ese hombre era Víctor. Volvió entonces a la realidad cuando en inesperados estertores los pies de la muchacha agredieron sus piernas.

Lauro Marini le golpeaba breve y suavemente las rodillas con el bastón. Víctor abrió los ojos.

—Ya va a amanecer, chamaco. Vámonos.

Víctor se incorporó. Agradeció a Marini la llamada, pero en realidad le agradecía que lo hubiera arrancado de la pesadilla. Marcharon hacia el punto donde los compañeros —pálidos bajo esa luz lechosa que anunciaba el amanecer— se hallaban congregados. Que ya no debían tardar los soldados, dijo Víctor, cosa de un rato, que cómo no se les ocurrió traer café para la amanecida.

Había fatiga entre los compañeros y alguno dijo que bastaría, ahora que la luz del alba había disuelto fantasmas

y temores, con que unos cuantos se quedarán a esperar. Lauro Marini asentía, y cediendo ante ese gesto afirmativo Víctor dijo que estaba bien, él sería uno de los que permanecieran. Él y don Lauro, finalmente, viendo cómo una luz rosada se abría paso entre el follaje de la gran arboleda, más allá de los tanques.

Antes de las siete de la mañana llegó un escuadrón de soldados. Víctor les informó la ausencia de desastres y sinsabores y él y don Lauro se fueron caminando sin prisa de regreso al poblado. Se despidieron llegando a la portada norte, donde Víctor se quedaría a cambiar impresiones con los vigilantes.

—Me dio usted la sorpresa, don Lauro. ¿Cómo fue que se animó?

—Después hablamos de eso, chamaco. Vete a descansar, y si tienes tiempo nos vemos esta tarde en La Flama.

Víctor durmió unas horas. Después de refrescarse y hacerse algo de comer se fue al local del sindicato, donde tenían noticia de que en todos los centros petroleros se había cumplido el paro. Se le recomendó citar a los mecánicos para la tarde del día siguiente, a la asamblea que se celebraría en el cine del pueblo. De allí se fue a La Flama, pero un impulso irremisible lo obligó a dar un rodeo y pasar frente a El Mixtán para echar una mirada y descubrir que continuaban allí los perezosos ventiladores y Elena, con aire desvalido, atendía humildemente los requerimientos de la tenaz clientela.

En La Flama los habituales billaristas golpeaban las bolas de marfil entre tragos de aguardiente y cerveza. En

una de las mesas, el viejo Juan Antonio, sudoroso y febril, con una barba negra, alquitranada, que le llegaba a la cintura, comenzaba a despachar su cotidiana ración de habanero, mientras relataba aventuras amorosas que nunca había vivido, Chelino, el flatulento, se paseaba entre las mesas ofreciendo docenas y medias docenas de pedos, a peso la media. En el rincón de siempre, Marini, con la complicidad de Víctor, se aferraba a las cervezas y los recuerdos

—Ya ni los ciclones son como los de antes —afirmó don Lauro. Cuando se sabía que iba a venir un huracán la gente clavaba puertas y ventanas y nadie salía de su casa. Había que encerrar a las gallinas, a los gatos y hasta a los perros, porque si no se los llevaba el ventarrón. De niño me tocó ver cómo el ciclón arrancaba un limonero, pero uno de mis abuelos contaba que había visto elevarse y desaparecer una vaca. Pueblito risueño y montaraz era éste.

Lauro Marini hizo chocar su botella con la de Víctor y bebió hasta el fondo. El maestro mecánico le hizo a Pablo una seña con la mano buena para que sirviera otras dos.

—Me dio gusto verlo anoche por allí —dijo Víctor—, qué sorpresa me llevé cuando lo vi llegar. Pensé que era casualidad que anduviera en esos rumbos.

—Habrás pensado que iba yo de espía. Pero no, chamaco, yo también tuve mis andanzas, pero habría que remontarse muchos años atrás, a esos años en que se hablaba de tu padre, estaba fresco aquel asunto. ¿Tú cuándo naciste, chamaco?

—En el doce, hace 24 años. De niño los parientes me contaban historias de mi padre como si me contaran cuentos. Y mi mamá, la pobre de mi madre, quién sabe de dónde sacó tantas historias raras. Pobrecita.

Marini comenzó a hundirse en los recuerdos.

—Habían fundado aquí y en Acayucan unos clubes políticos. Eran unos cuantos jóvenes alocados que presumían de magonistas y a los que nadie tomaba en serio. Yo me casé en 1903, y lo de tu padre, si no recuerdo mal, fue en 1906, porque ya habían nacido mis dos hijas. Un día amaneció muy agitado el pueblo. Muy temprano el alcalde salió a caballo a La Barra y dejó al mando a un síndico de nombre Policarpo, mi compadre. Éste fue el que me platicó que los magonistas se habían alzado en armas. Unos mil hombres mandados por Hilario Salas y Miguel Alemán iban a tomar Acayucan. Tu padre, al frente de cien o doscientos venía a atacar Minatitlán. Por esos años no había guarnición federal aquí en el pueblo. La única fuerza era la policía municipal, cuatro gatos armados con garrotes y pistolas viejas, así que Policarpo juntó todos los rifles y pistolas que pudo y comenzó a reunir hombres para rechazar el ataque.

Me invitó a unírmele, pero me disculpé. No vayas a creer que por simpatías con los del Partido Liberal, no. Lo que pasa es que tenía yo a las dos niñas pequeñitas, una de ellas de semanas, y eso le dije a Policarpo y él entendió. El síndico logró reunir unos diez hombres que se hicieron fuertes en el palacio municipal. La cárcel, donde estaban presos algunos enemigos del gobierno, la guardaban los policías del pueblo, la mitad de ellos, porque los otros habían huido o se habían escondido.

Después de llevar la última ronda de cervezas, Pablo se había quedado a escuchar. Don Lauro lo mandó por otras y el mesero protestó.

—Ahorita se las traigo, pero acabe usted de contar, no quiero quedarme a medias.

Lauro le prometió que suspendería el relato hasta que volviera con las cervezas y Pablo se fue por ellas. Mariñi, en tanto, comentó que parecía mentira que ya nadie en el pueblo se acordara de aquellos hechos. Pablo volvió con los botellines.

—Todo aquel día esperó Policarpo el ataque, pero el enemigo no se presentó. En cambio, por la tarde, en un remolcador llegaron de La Barra cincuenta soldados de línea y un pelotón de rurales que fueron mandados a cubrir los dos caminos del pueblo y la vía del ferrocarril a Hibueras. Al día siguiente llegaron más fuerzas federales y Policarpo me informó que el alzamiento había fracasado. El ataque de Salas y Alemán a Acayucan fue rechazado. Tu padre, que estaba en Cosoleacaque listo para avanzar sobre Minatitlán, recibió la noticia de la derrota de Salas y se retiró a la sierra, donde lo dispersaron fuerzas del gobierno.

A Enrique, a tu padre, lo agarraron cuando huía con dos ayudantes remontando el Usspanapa. Los tres fueron a dar a San Juan de Ulúa. No nomás ellos, más de trescientos hombres ingresaron a la fortaleza. Gente de Minatitlán, de Chinameca, de Santa Lucrecia, de Ixhuatán, de Acayucan, campesinos y vaqueros casi todos, algunos maestros, uno que otro estudiante, gente de buena ley, de corazón rebelde. Policarpo me platicó que en Coatzacoalcos, a donde había sido llamado para identificar a los alzados, los subieron a dos cañoneros y se los llevaron a Ulúa. Hubo algunos que no salieron vivos.

—¿Y qué pasó con el papá de Víctor? —preguntó Pablo, que para entonces ya había jalado una silla y se había acomodado a escuchar, desoyendo los pedidos de la clientela, a cuyas demandas replicaba que no lo molestaran, como si no vieran que estaba ocupado platicando.

—Enrique Novoa salió libre a los tres años. Vino a Minatitlán, donde vivió con su hermana Rosa.

—Mi tía Rosa —dijo Víctor—, ya también difunta. Se acabó mi familia. De los Novoa nomás quedamos mi hermano y yo, y creo que unos primos hijos de la tía Raquel.

—Entonces conoció a tu mamá y se casaron inmediatamente. Pero a ese hombre lo perseguía la mala suerte.

Hizo una pausa Marini. Encendió un purito de San Andrés y la mirada se le quedó pegada en un muro, como si de allí estuviera sacando los recuerdos. Al fin le dijo a Pablo:

—Vete a traer otras cervecitas. Y atiende a tu clientela antes de que te queme el local.

—Por ahí andaban unas cartas que mi papá mandaba desde Ulúa. Creo que las regaló la tía Rosa. También los uniformes del abuelo.

—Ya casado, Enrique volvió a su empleo de telegrafista en la estación de Hibueras. Después de la revolución le ayudó al general Alvarado, que andaba combatiendo a las fuerzas de Félix Díaz en la región. Eso le costó la vida. Eso y la mala suerte que siempre lo persiguió. Ya don Venustiano le había dado algún cargo no sé si en Guatemala, por ahí, y los felicistas volaron el tren en que viajaba. Quedó malo de un brazo y volvió al telégrafo. Una noche, allí en la ciénaga, llegaron a matarlo. Dicen que se lo echó Cástulo Pérez. Eso tú debes recordarlo.

—Yo tenía tres o cuatro años, don Lauro. Nomás me acuerdo que mi mamá lloraba mucho. Siempre la vi como una mujer triste.

—Quién no es triste en este pueblo. Desde que hallaron petróleo aquí metió la cola el diablo. Muy echadores, valentones, borrachos de carcajada, pero en el fondo todos somos gente triste. Y no me vayas a decir que tú no.

Víctor echó mano a la botella de cerveza y bebió con lentitud. No sabía qué responderle al maestro. Pensó que la vida no le había dado ni le daba muchos motivos para la alegría, pero tampoco para la tristeza. Algunas muertes, un amor incumplido, pero nada tenían que ver sus pesadumbres con los hallazgos de petróleo en la región.

—A veces me aburro —dijo—, pero me gusta vivir.

—A los jóvenes nunca les faltan motivos. Pero si me preguntaras qué es la vida, yo te diría que es el tiempo que se necesita para que se vayan acabando esos motivos. Las ilusiones son las que nos hacen vivir. El niño tiene la ilusión de crecer para que lo dejen hacer lo que hacen los mayores. Crece y de joven se divierte. Después hay que enamorarse, casarse, tener hijos, verlos crecer, hacer fortuna, viajar. Puede que esas cosas sucedan, puede que no, pero de todos modos se acaban las ilusiones y se acaba el tiempo. A mí hace muchos años que se me acabaron, lo único que me consuela es la cerveza.

Marini hizo girar la botella vacía en la mano incompleta. Buscó a Pablo en el local que a esa hora, cuando moría la tarde y los zancudos acechaban en la sombra, se hallaba atestado. Con una seña indicó que deseaban más cerveza.

—Tuve también mis ilusiones, chamaco. Si las cosas hubieran sido de otro modo, a la mejor estaría a estas ho-

ras en mi casa jugando con los nietos. Se acabó cuando las niñas se fueron de la casa, cuando supe dónde estaban.

Pablo puso dos botellas más sobre la mesa. Se acercó Chelino y el viejo mecánico le dijo que a él no viniera a molestarlo. El borracho se arrimó a otra mesa.

—A ver, Chelino —le dijo un parroquiano—, un peso'e pedos.

Chelino tomó en el aire la moneda que le habían arrojado y descargó media docena de los atronadores flatos que producía a voluntad. Los clientes celebraron a carcajadas.

Víctor permanecía pensativo. Hubiera deseado meterse en la piel del viejo y percibir en la sangre, como si fueran propios, los sufrimientos que le habían quebrado las ganas de vivir pero no la vida. ¿Qué tanta soledad era capaz de resistir el cuerpo, qué tanto agravio? Porque se sabía en el pueblo, y Víctor estaba enterado, que después de la fuga de las niñas también se fue la hermana Rosalina, cansada de que la gente dijera que se había convertido en la querida de Lauro. Ansiaba Víctor, allí, abrirse el pecho, ofrecer a ese viejo cabizbajo su más sincero amor filial, adquirir de golpe los poderes de un Cristo para ayudar a esa pobre alma atormentada. Pero no hallaba las palabras que expresaran fielmente el sentimiento. Al fin dijo:

—Hay que luchar, don Lauro. Yo no entiendo la vida de otro modo.

A Lauro Marini se le veían los ojos llenos de agua. Levantó la botella y bebió unas gotas del amargo líquido. Quiso plantar una sonrisa en sus labios y sólo consiguió torcerlos en una mueca irrisoria. Volvió a beber.

—Sigán luchando —dijo. Los jóvenes pueden correr el riesgo de equivocarse porque tienen mucho tiempo para

reparar sus errores. Uno, de viejo, no tiene ese derecho; ya no hay tiempo de corregir nada.

Dejó que la cerveza resbalara largamente por su garganta, y cuando liquidó el contenido llamó a gritos a Pablo, urgiéndolo a que le trajera otra botella.

—No me hagas preguntas, muchacho —dijo Lauro en seguida—, a mí ya se me acabaron las respuestas.

No eran ni las once de la mañana del día siguiente cuando ya circulaba por la refinería el rumor de que la huelga había sido aplazada. En el taller mecánico Memo Domínguez, ufano, adornado con una sonrisa malévola, con el permiso y la complicidad del capataz inglés difundía de cuadrilla en cuadrilla la noticia recibida en la superintendencia y dada a conocer a sobrestantes y capataces, encargados y jefes, para que la diseminaran entre su gente adicta.

Víctor se negaba a dar crédito al rumor, pero sus compañeros lo asumieron como cosa cierta. Defraudados y rabiosos se atrincheraron en una insólita dedicación al trabajo. En la atmósfera densa y caliente del taller se apagaron las voces. Por encima del suave zumbido de los tornos se elevó el tintineo de la herramienta manipulada con viveza, el monótono batir de los martillos. Como los demás, Víctor se abismó en la tarea sencilla y rutinaria que le habían asignado. Frente a él, Lauro Marini se hallaba absorto en la contemplación de una caja de engranes. Bajo aquel aparente sosiego, comprendió Víctor, se ocultaba un ánimo sombrío. Las miradas acariciaban el acero y el bronce, pero él sentía que todas, como un haz de reproches, confluían en su espalda. No tenía responsabilidad en el aplazamiento,

imaginario o real, pero supo que los lazos de camaradería que tan fuertes y sólidos parecían la noche del rondín, se habían debilitado.

Laborioso y en silencio, con una impaciencia que no se reflejaba en el seguro movimiento de sus manos, aguardó el fin de la jornada. Cuando se despojaba de la ropa de trabajo, Cirilo y Dionisio se acercaron a exigirle explicaciones. No pudo sino expresar su desconocimiento de cualquier cambio en las decisiones, y los invitó a asistir esa tarde a la asamblea, donde seguramente quedaría todo claro. Entre él y sus compañeros, sin embargo, vio levantarse, como un muro de culpas, las palabras con que en las semanas anteriores alentara en ellos la brava disposición a la lucha.

En el recinto sindical le confirmaron el aplazamiento. A petición del gobierno de la república, el sindicato había accedido a prorrogar ciento veinte días el movimiento. En ese lapso obreros y patrones buscarían un acuerdo, y de no haberlo estallarían la huelga.

Al anoecer se soltó un aguacero que empantanó las calles. Víctor se fue andando bajo la lluvia hasta el embarcadero. Allí, de codos sobre la baranda, dejó que lo castigaran las huracanadas ráfagas de lluvia fría. Miraba el oscuro paisaje, los millares de heridas que el chubasco producía en la superficie del río rizada por el viento. Víctima del fracaso más grande de su vida, quizás el definitivo, se preguntaba qué infame divinidad había determinado que el destino de los petroleros de Minatitlán se escribiera en otra parte. Se revertían sus palabras, lo golpeaban. El sindicato nacional es la esperanza, la unidad de todos los petroleros del país fortalecerá su lucha, el contrato colectivo de

trabajo garantiza para siempre el avance hacia el bienestar del gremio, un solo sindicato y una sola lucha. Y resultaba que la gran alianza, en vez de dar una muestra de fuerza la daba de debilidad. Qué se creían esos malditos dirigentes que sin consultar a la gente se echaban para atrás. Tuvieron miedo, los atemorizó el gobierno o se vendieron a las compañías. Decían que el presidente Cárdenas era amigo de los trabajadores y el mismísimo presidente Cárdenas les pedía que no se fueran a la huelga.

¿No estaría el general de acuerdo con las empresas? ¿No sería que El Águila, la Pearson, la Huasteca, la California habían repartido dinero a manos llenas? Le daba la razón a los compañeros que no querían ni hablarle, que le negaban el saludo o sin pelos en la lengua le reprochaban la traición de los dirigentes nacionales como si él, Víctor, los tuviera agarrados de los cojones y pudiera ordenarles qué hacer, cuándo. Cuatro meses, ciento veinte días al cabo de los cuales ni quien se acordara del sindicato nacional y menos de la huelga y a ver si a él le servían para que se le borrara la vergüenza.

Con qué cara iba a repetirle al maestro Marini aquello de que no entiendo otro modo de vivir que la lucha. Y cómo carajos podría echarle otro discurso al Negro Mackenzie que se había pasado horas aceitando la escopeta. Y le faltaba Elena, que a esas horas, enterada ya del cataclismo, estaría muerta de la risa recordando al apasionado combatiente. Pues que se fueran todos al lugar ése adonde seguramente ya los habían mandado más de una vez. Que se fueran los compañeros y los líderes, Lauro Marini con las dos hijas que se le volvieron putas y Memo Domínguez con

su bigotito rubio, Esmaragdo y Cirilo, el Palemón de ojos achinados y ése yo te lo dije que le estaba presagiando en la trompa, y Elena y Alfredo y el petróleo y este pueblo de mierda al que mejor sería prenderle fuego y dejar que después se lo tragara el monte.

Dos días estuvo en cama Víctor castigado por la fiebre. Alfredo, en ese lapso, le dio de comer, le preparó jarritas de agua de limón, lo obligó a tomar aspirinas. Toda una noche veló a su lado mientras le refrescaba el rostro con un trapito húmedo y hablaba del pasado, de lo buenos hermanos que eran y seguirían siendo, que sí, que habría que ir pensando en deshacerse de esa casa vieja y buscar algo más céntrico y más cómodo, nos tiene que ir bien, hermanito, tenemos que mejorar, el negocio en que ando metido no se va a acabar nunca, como que cada vez la gente quiere más cerveza y cada vez hay más gente, en cambio yo no sé cómo les vaya a ir con el petróleo, en una de esas se secan los pozos o nomás va a salir agüita y a ver qué van a hacer entonces con las refinerías, usarlas para hervir el agua, para quitarle los bichos y que no se enferme tanta gente, ¿no te duele el estómago, hermanito?, a la mejor lo que tienes son bichos, una de esas infecciones que mi mamá nos curaba con leche yodada, si eso fuera mañana mismo compro yodo, pero qué va, ha de ser un resfriado y no quiera Dios que vaya a ser pulmonía, seguro que te agarró por la mojada de ayer, vi tu ropa en el suelo esta mañana, empapada todavía, y es que cayó un aguacero bárbaro, ya se me andaba atascando la camioneta al doblar la curva del panteón, qué manera de llover, si parecía que desde el cielo estaban arrojando agua

a cubetazos, eso es lo que nos sobra por aquí, agua, agua, ojalá halláramos el modo de aprovecharla, de hacer negocio con ella, pero ya te estoy sintiendo más fresco, hermanito, ojalá se te vaya la calentura y puedas dormir tranquilo, voy a echarte otra cobija para que estés calentito, y me voy a callar la boca aunque ahora me entraron muchas ganas de platicarte viéndote así tan fregado por la enfermedad, ya no voy a decir ni palabra, hermanito, duérmete, ándale, duerme tranquilo, que yo voy a estar aquí juntito velando tu sueño.

Con el quinqué encendido al lado, echado en una vieja mecedora achaparrada a la que habían cortado los soportes curvos, Alfredo permaneció toda la noche al lado de su hermano. El sueño lo venció ya de madrugada, pero tuvo tiempo de oír que Víctor, en el delirio de la fiebre, emitía gangosos ruidos, frases trucas, palabras inconexas. Varias veces escuchó, le pareció escuchar el nombre de Elena.

El tercer día Víctor se levantó muy temprano y se fue a trabajar. Sobre el buró dejó una nota para Alfredo agradeciéndole. Y en el trabajo anduvo todo el día hosco, callado, rehuyendo la conversación, diciéndole a don Lauro que no le pasaba nada, que se sentía debilón por la enfermedad pero que al día siguiente se hallaría completamente repuesto. Casi al final de la jornada Lauro Marini le dijo que todavía no nacía el chamaco que le tomara el pelo, ya sé que andas agorzomado por el aplazamiento de la huelga, pero tienes que aprender que si alguien de veras es luchador, más tiene que luchar cuando parece que todo está perdido.

IV. Guerreros manchados de grasa y chapopote, 1937

Ese año Roosevelt comenzó su segundo periodo presidencial en los Estados Unidos. La aviación alemana bombardeó Guernica, Almería fue atacada y el gobierno republicano se retiró a Barcelona. El Estado Libre de Irlanda se denominó Eire. Carl Orff compuso *Carmina Burana* y Hemingway publicó *Tener y no tener*. Howard Aiken comenzó a trabajar en computadoras digitales. En Lakehurst, el Hindenburg fue consumido por el fuego.

El primer día del año corrió la voz en el pueblo de que habían asesinado a los usureros del viejo caserón. Ese mismo día *La Opinión* imprimió una edición especial que daba detalles del crimen: “Esta mañana fueron descubiertos en su habitación de la calle del Correo Viejo, los cadáveres del septuagenario Andrés Mendoza y su esposa Elena Maceda, presumiblemente asesinados durante la madrugada con el fin de robarles. El jefe de la policía municipal, Aurelio Quero, informó que las víctimas fueron ultimadas a puñaladas, seguramente mientras dormían, porque no se hallaron señales de que opusieran resistencia. Para nadie era un secreto que Mendoza y su cónyuge se dedicaban a la usura, prestando con muy altos intereses, por lo que se habían ganado muchos enemigos.”

“Por otra parte, la inspección ocular reveló que fueron forzados un ropero y dos baúles de la habitación y presumiblemente desaparecieron joyas y dinero en efectivo. A fin de aclarar el doble crimen, el jefe de la policía ordenó la

detención de los demás ocupantes del inmueble, quienes serán sometidos a severos interrogatorios a fin de aclarar su responsabilidad en los hechos.”

La noche anterior Víctor había vuelto muy tarde a su casa, después de recibir el año en compañía de Dionisio Serrano y entre abundantes tragos. Se levantó cerca del mediodía, bebió un café y partió al pueblo, donde se enteró de los hechos que, según *La Opinión*, “habían conmovido a la sociedad minatiteca”. En el manoseado ejemplar que le proporcionaron en una taberna halló el nombre de Elena, citado entre las personas detenidas para la investigación.

En medio del barullo y despreciando las reiteradas invitaciones a la conversación, se hundió en un silencio terco, en una indeclinable actitud reflexiva. Una y otra vez, atendiendo solamente y con intervalos breves al vaso de caña que tenía al lado, repasó la información del diario, como si se negara a aceptar que el nombre de Elena Toache allí impreso fuera el de la misma Elena de sus desvaríos y contratiempos. Pero sin duda se trataba de ella.

Hizo a un lado el periódico, y con el vaso firme entre las manos, los ojos clavados en el líquido cristalino, abrumó a su memoria con la exigencia de un dato, de una imagen perdida entre las turbias imágenes de la borrachera reciente, un punto luminoso en el remolino de sombras. Como a una mágica bola de cristal, parecía interrogar al vaso de aguardiente.

Al fin se levantó y sin dar explicaciones a las amistades partió hacia el edificio municipal. El jefe de la policía, un negro alto y huesudo, con la boca llena de dientes de oro, lo recibió en un despacho miserable. Víctor, impetuoso y bru-

tal, relató que la noche anterior se hallaba cerca del caserón y había visto a Tokutaira, el pintor japonés, cruzar sigiloso el patio, con un costal al hombro.

—¿Y tú qué andabas haciendo allí?

Le subieron rubores a Víctor, pero ya se había determinado a confesar que vigilaba el cuarto de Elena.

Más tarde, por Elena, supo que el policía había entrado a la covacha donde permanecían los detenidos y golpeó al japonés hasta obligarlo a confesar su culpa y el sitio donde había ocultado los valores.

—Y tú, ¿de veras me estabas vigilando?

—No, eché mentira. Yo iba nomás pasando, pero tenía que hacer que el jefe me creyera.

A mediados de febrero, mientras en la capital los dirigentes del sindicato y los apoderados de las empresas discutían las cláusulas posibles de un contrato colectivo, en Minatitlán los petroleros trabajaban envueltos en la ordinaria atmósfera calurosa y sofocante. De tanto en tanto los representantes informaban del número de cláusulas que se habían aprobado, de aquellas en que estaba a punto de alcanzarse un acuerdo, y a preguntas expresas mencionaban que la discusión de las que representaban erogaciones económicas se iba posponiendo. Habían transcurrido casi tres de los cuatro meses fijados como prórroga y entre los trabajadores había decaído el entusiasmo. Prevalecía en el gremio un espíritu semejante al de una tropa dispersa y en fuga que difícilmente volvería al combate.

Víctor se había resignado. Descubrió que la humillación —lo que él consideraba una humillación— no mataba y decidió vivir despreocupadamente. Se emborrachaba en

El Farolazo con Esmaragdo, Cirilo y Dionisio. Frecuentaba un burdel abierto recientemente, poblado por muchachitas, niñas casi, reclutadas en rancherías miserables de Tabasco, Chiapas y Oaxaca. Los domingos iba a jugar béisbol con los compañeros, y por la tarde, a la sombra de un árbol, bebían cerveza y caña y comentaban los incidentes del partido. Si alguna conversación se abría a los temas sindicales permanecía en silencio.

La noche de un sábado se encontró con Elena y Alfredo en un salón de baile junto al río, donde una danzonería improvisada con músicos lugareños acometía metales y percusiones. Habían acudido allí él y Dionisio a continuar una parranda y se ubicaron en una mesa alejada de la pista de baile. Fue Dionisio quien señaló a Alfredo y Víctor quien descubrió a Elena abrazada a su hermano, piel con piel, ansia con ansia; él sonriente, acariciando con el envés de la mano las mejillas humedecidas por la transpiración; ella, dócil a la caricia, mansa. Escasamente los perdió de vista mientras bebía la primera copa de habanero; y atendiendo apenas a los bisilábicos y soeces comentarios de Dionisio, se dio cuenta de que ya no le hería la proximidad de aquellos dos.

En alguna época había llegado a pensar que por una cierta potestad de la naturaleza que obligaba a la unión de los desesperados con los dolientes, de los temerosos con los execrados, de cada ser con su igual en espíritu o en emociones, a él le correspondía el amor de Elena en un pacto de almas tristonas, y no a su hermano, más bien proclive a la alegría, al exceso. Ya no. En los huesos y en el corazón había renunciado ya a esa disparatada premisa y entendía que las leyes del amor y del deseo habían sido dictadas por

la lengua torpe de un aprendiz de dios. Quería a su hermano y quería a Elena ahora, por separado y juntos, pero ya no visitaba el local donde ella servía sopas y mondongos, si no por ahorrarse mortificaciones de la carne sí para evitar que resucitara aquella vergüenza de la huelga. Con Alfredo, desde que lo atendiera en la enfermedad, la relación se había tornado cálida y jugosa. A veces, conversando por la noche, se hundían en la evocación de años alegres.

Bebiendo ya la segunda copa los petroleros invitaron a dos muchachas de aspecto indiano —dos chocas, dictaminaron— que habían llegado a sentarse cerca de ellos. María de la Merced y Natalia aceptaron los tragos de habanero, pero tenían ganas de bailar y arrastraron a la pista a sus acompañantes. Víctor le dijo a Natalia que le gustaba su son. Ella le apretó el cuerpo y bailaron la tanda completa, en silencio. Un fuego comenzó a nacerles en el centro del cuerpo.

Víctor llegó a su casa de madrugada, después de entretenerse con Natalia en un rincón de las viejas bodegas del embarcadero y más tarde abandonarla en el principio de un caserío reciente. Alfredo ya dormía y Víctor procuró desplazarse en silencio para no despertarlo. Fue su hermano quien al amanecer lo despertó con un alboroto de cajones abiertos y objetos arrastrados. Víctor se levantó y fue a la cocina a apagar esa sed que le descomponía el sueño, y halló que Alfredo llenaba apresuradamente una maleta y había acumulado cerca varias cajas de cartón atadas con mecate. Con el agua fresca palpitándole en la boca Víctor preguntó qué viaje largo exigía tal ajetreo a hora tan temprana.

—Me voy, hermanito. Ahora sí me largo de este pueblo mugroso.

Un cortés intercambio de preguntas y respuestas ubicó a Víctor en la certeza de lo que hacía tiempo se cocinaba y era ya predecible. Le habían ofrecido al hermano la distribución de cerveza en la región de los Tuxtlas y se iba a radicar en San Andrés. Pero no vamos a distanciarnos, hermanito, no tengo más familia que tú, yo voy a venir a verte, voy a escribirte seguido y tú tienes que darte un tiempcito para visitarme.

Víctor asentía, ayudaba a cerrar el veliz que no quería doblarse ante la invasión de camisas y pantalones, un traje blanco de lino, dos toallas, calcetines y calzones, un par de sábanas y una cobija.

—¿Y tu cama? ¿Y el ropero?

—Los deajo. Voy a estar volviendo, ya te dije. Y que aquí no me falte lugar cuando me quede un día, dos. Y te encargo la casa, hermanito, ya te iré mandando para que arreglen los pisos y el techo, que le den una buena pintada.

Víctor puso a calentar agua para hacer café. Después ayudó a su hermano a subir a la camioneta los bultos, el veliz, el buró, un baúl apolillado donde guardaba sus papeles. Cuando acomodaron todo volvieron a la casa a tomar un café. Frente a los jarros humeantes recordaron los buenos tiempos con mamá, el día que doña Lala, antes de tenderse en el lecho de muerte, les recomendó que cuidaran uno del otro.

—Y ahora vamos a tener que ver cada quien por cada uno, hermanito.

—Yo sé cuidarme —dijo Víctor con la voz muy firme, pero atrapado por la conciencia de una soledad que ahora sería más grande. Preocúpate por tus negocios, no vaya a ser que un día vuelvas con una mano atrás y otra adelante.

—No, ¡qué va! —Alfredo soltó una carcajada. Voy a la segura. Nomás me llevo la intranquilidad de tu suerte. Sé que no te falta trabajo, hermanito, pero te vendes por un sueldo miserable. Así nunca vas a salir del pueblucho, así nunca vas a saber de viejas guapas. Cuándo vas a subirte a un barco para irte de paseo a Europa, hermanito. Cuándo vas a subirte a un avión. No me atrevía a decírtelo pero hace tiempo que le vengo dando vueltas al asunto. Ahora que yo me vaya, pensé, porque eso de que me iba ya estaba decidido hace tiempo, ahora que me vaya voy a dejarle a Víctor el negocio. Está todo hecho. Nomás recoger las remesas en Hibueras y embodegar aquí. Nomás levantar los pedidos en tiendas y cantinas y surtir puntualmente. Nomás subirte a un cayuco y llevar cerveza a los sedientos de Jáltipan, Santa Lucrecia, San Juan, Acayucan.

Y si no se te frunce el agujero te subes a una mula y llevas bebida a los pueblos de la sierra, al campamento maderero. Ya verás que yo pronto voy a comprarme una buena camioneta y te dejo ésta, viejita y trabajada, pero que no traiciona. Dime que sí, hermanito, quítate ya de esa esclavitud que solamente tristezas y amarguras va a traerte.

Desde que comenzó a esbozarse la proposición de su hermano, Víctor inclinó la cabeza y dejó que su mirada examinara la turbia superficie del café, las nervaduras de la mesa. Alfredo colocó frente a sus ojos varios billetes de diez y veinte pesos, los desplegó en la mesa como en un juego de cartas. Víctor levantó el rostro y encaró la cínica mirada de su hermano con la sonrisa dolorosa de un enfermo incurable.

—¿Cuánto ganas, Víctor?

Víctor no respondió. Un vómito de rabia le subía a la garganta.

—Tres pesos. Lo que tú ganas en un mes lo gano en una semana.

—Cada quien gana lo que puede —dijo Víctor pugnando por detener entre sus dientes apretados el borbollón de insultos y amenazas.

—Cada quien gana lo que se merece —afirmó Alfredo con una voz que denunciaba el desprecio infinito que prodigaba a los pobres de espíritu—, pero si quieres seguir siendo un petrolerito muerto de hambre, allá tú.

Alfredo se levantó, recogió sus billetes y dejó caer en la mesa un sobre.

—Voy a pedirte un favor, hermanito. Busca a Elena y entrégale esta carta.

Luego, en un gesto fraterno que reflejaba un difuso sentimiento de compasión, apretó el hombro de su hermano. Salió.

Víctor, inmóvil y en silencio, en actitud de bestia muerta, no apartaba los ojos vacíos de aquel sobre. El ruido del motor en marcha no lo sustrajo del estado hipnótico.

Dos o tres veces pasó Víctor frente al portón abierto de El Mixtán. Doblada en un bolsillo de la camisa llevaba esa carta en la que presentía un ominoso texto de despedida. Pisó una vez el umbral y echó una mirada buscando a la destinataria. Elena no se hallaba a la vista y entonces dio marcha atrás, alegre porque quizá con ese acto retrasaba el sufrimiento de la abandonada.

En su casa colocaba frente a sí el sobre con el nombre de Elena y lo contemplaba largamente. Llegó a pregun-

tarse si no, en vez de una franca declaración de abandono, ocultaba datos o recomendaciones que Alfredo había prometido hacer llegar a la muchacha. Varias veces pensó en abrir la carta y con la claridad de las palabras saber si actuaba bien posponiendo en Elena el dolor, o si por el contrario era erróneo demorar la entrega.

Se le ocurrió que podría presentarse, como en un acto casual, ante la muchacha, y si ella reclamaba algún encargo de Alfredo, alegaría olvido o distracción y sin averiguar más entregaría la carta al día siguiente. Pensó también en quemar los papeles y darlos por perdidos ante cualquier exigencia de Elena o del hermano. Y acabó desechando las dos posibilidades.

Una noche lo dominó la curiosidad, lo venció cierta angustia que lo venía perturbando. Abrió la carta con cuidado y leyó el texto breve y traicionero: "Querida Elena: Por un negocio urgente tengo que irme a Veracruz. No pude decírtelo porque recibí el aviso de madrugada y salí en la mañana. Espero que sea cosa de unos días, pero también puedo quedarme por allá unas semanas o algunos meses. Eso sí, cuando vuelva espero traerte buenas noticias. Ya sabes que te quiero, pero si otro amor se te atraviesa en mi ausencia, no tengas miedo de corresponder. Yo sabré comprenderlo. Si tengo que quedarme por allá más tiempo, ya te escribiré. Alfredo".

Víctor observó que la misiva no estaba fechada, así que podía entregarla cualquier día. Ahora cuando menos poseía la certeza de que la carta contenía noticias crueles, falsas, incompletas. Alfredo se había ausentado sin atreverse a confesar la verdad y Víctor no entendía qué razón

tortuosa y vil le había impedido hacerlo, por qué deseaba empujar a la muchacha a tales abismos de incertidumbre.

Pasaron varios días y Víctor continuaba aplazando la entrega. En las manchas y ajaduras el sobre denunciaba la servidumbre a sus indecisiones. Una tarde, en La Flama, estuvo a punto de confiar sus dudas y reticencias al maestro Marini, pero en esa ocasión el viejo no parecía estar de humor para confidencias. Vaciaba apresuradamente las botellas de cerveza, interrumpía la charla a mitad del recuerdo y retornaba a dos nombres: Evelina y Lucrecia.

Volvió a la misma historia. Evelina se llamaba la mayor, como su madre. Y ya me daba mala espina ver que le había sacado el cuerpo y los ojos coquetos a la mamá. Le gustaba mucho el baile, como a su madre. No había cumplido los catorce años cuando mi hermana Rosalina y yo comenzamos a llevarla al baile. A la mejor yo tuve la culpa de que se maleara, porque lo único que me interesaba era darle gusto. Cómo me gustaba comprarle vestidos. Al principio le encantaban los vestidos de niña que le llevaba. Después les fue poniendo mala cara y la dejé que me acompañara a comprarlos. Cambió su modo de vestir, quería verse más mujer, más hembra. Algo tuve de culpa, porque no supe marcarle el alto a tiempo. Me lo decía mi hermana: esta chamaca se quiere ver como mujer grande, y más, como mujer de la calle. Déjala, Rosalina, es una niña, ni quien se fije en ella. Pero bien que se fijaban. Comenzaron a buscarla los muchachos del pueblo, que déjela ir al baile, que déjela ir a pasear al río. Y yo la dejaba. Si ya había hecho infeliz a su madre —porque yo la hice infeliz, o no se hubiera ido—, no quería hacerla infeliz a ella.

Lucrecia era otra cosa, como más tranquila, más apagadita, no sacó la hermosura de su mamá. Evelina quería vestido y Lucrecia quería muñeca. La llené de muñecas. Cuando se fueron, allí en la casa se quedaron las muñecas. Una noche las eché en un costal y las fui a tirar al río.

Lauro Marini dejó caer la frente sobre la mesa y Víctor supuso que se había dormido, pero el viejo levantó lentamente el rostro a los pocos minutos, un rostro ceniciento, avejentado, doloroso.

—Evelina, Lucrecia —dijo. Mi Evelinita sacó todo el parecido a su mamá. Bajita, bien formada y con unos ojos que te chupaban el alma.

—Vámonos, don Lauro. Ya es tarde. Y ahora sí está usted muy tomado.

—Que nos sirvan las otras y nos vamos.

Víctor le solicitó las cervezas a Pablo, y cuando las sirvieron liquidó la cuenta. Lauro Marini bebió la suya de un golpe y se apoderó de la botella de Víctor.

—Evelina —dijo—, Lucrecita.

Marini salió a la noche constelada. En la puerta de La Flama rechazó la compañía de Víctor y, azotado por el viento fresco que barría el poblado, echó a andar con pasos lentos y calculados, con la sencilla dignidad de un guerrero vencido.

Víctor lo vio alejarse y se fue caminando sin rumbo, desolado y furtivo.

Llegó a la Loma del Gallo y se orientó en los callejones guiado por el sonido de una marimba. Se detuvo frente a una casa grande de habitaciones totalmente iluminadas. Era la casa de Julia, el recinto donde hacendados, ingenie-

ros ingleses, políticos, militares, comerciantes y marineros suecos y alemanes encontraban hembras y bebidas finas. Allí ni acercarse, Víctor, le habían dicho, allí nomás los ricos.

Pero Víctor había logrado cruzar el portón principal y luego de atravesar el patio donde tocaban los marimberos subió una gran escalera. Ahora se hallaba en una sala de ventanales emplomados, con sillones y mesas bajas colocados a lo largo de los muros.

Intimidado, Víctor se refugió en un rincón. Con ojos ávidos veía pasar a las muchachas de escasa ropa que atendían a los clientes, a las que conversaban con ellos y recibían risueñas sus besos y sus caricias.

—¿Tú qué quieres? —le preguntó una de las meseras, niñita, delgada, de pelo achinado y ojos vivos.

—Quiero ver a mis hermanas —respondió Víctor agresivo, pensando que la pregunta aludía a su intromisión.

—¿Qué quieres de tomar? —sonreía la muchacha.

—Un ron, un ron con mucho hielo.

La muchacha se fue meneando las caderas —qué hambre en los ojos, Víctor— y se perdió en los salones interiores.

El petrolero, el mecánico, el apasionado, no acababa de explicarse de dónde le había venido la invención del parentesco. No tenía idea siquiera de cómo debían ser sus postizas hermanas, aunque entendía que rebasaban los treinta años y no llegaban a los treinta y cinco.

La muchacha de pelo achinado volvió y le entregó la bebida.

—¿No has encontrado a tus hermanas, moreno?

—No las conozco. Pero se llaman Evelina y Lucrecia.

La chamaca hizo girar la cabeza para examinar a la concurrencia.

—No. Aquí no hay ninguna Evelina. Pero hay una que se llama Lucrecia, la Chata. Su nombre de batalla es Flora —señaló a una mujer regordeta, de cabellera rubia, que bebía con un cliente. Mírala, es aquélla.

—Lucrecia ¿qué? —inquirió Víctor.

—No sé. Aquí nadie tiene apellidos. Pregúntale.

Víctor vio que la jovencita se detenía frente a la mujer regordeta y le decía algo al oído, señalando hacia donde se hallaba él. Lucrecia, ésa que quizá no era la que él buscaba, levantó la mirada y buscó los ojos de Víctor, luego dijo algo a la muchacha y negó. Debe de haberle dicho que no me conoce, que ella no tiene hermanos. ¿Pero qué podía saber ella de la vida secreta de don Lauro, de una vida que ya en ese momento, en previsión de cualquier acercamiento, Víctor le había inventado?

Víctor, de pie en el rincón más apartado, fingía interesarse en todo lo que pasaba en la sala. En las mujeres de ropaje breve y carne cálida, en el aire mundano y alegre de los hombres que bebían y dejaban correr las manos por un muslo desnudo, en las parejas que se perdían tras de alguna puerta. En realidad no perdía de vista a Lucrecia. La vio ponerse de pie y caminar decidida hacia él. Cuando la tuvo enfrente percibió la piel ajada bajo el maquillaje, las negras raíces que traicionaban el rubio de la cabellera, los ojos apagados y ojerosos.

—¿Qué quieres?

—Me llamo Víctor Marini. Ando buscando a mis hermanas.

La mujer lo tomó de la mano y lo arrastró con ella. Entraron a una habitación pequeña donde había una pequeña cama y un aguamanil. Ella se sentó en la cama y le ordenó que se sentara.

—Yo soy Lucrecia Marini —dijo— pero no tengo hermanos.

Víctor relató entonces la historia que había fraguado. Habló de esa mujer —mi mamá, dijo humilde— que había amado a don Lauro. Y apuntaló su mentira mencionando a la tía Rosalina.

Lucrecia apoyó los brazos en las rodillas y dejó descansar la cabeza en las palmas de las manos, con los ojos cerrados. Así permaneció largo tiempo, muda, inhóspita, lejana. Víctor se sometió a la situación. Con actitud reverente encendió un cigarro y se puso a fumar mirando el tapiz húmedo y manchado. Lucrecia, al fin, extendió un brazo y tomó el cigarro de la mano de Víctor. Fumó en silencio, pero su falso hermano supo que había vuelto de algún mundo perdido.

—A mi papá le hizo falta una mujer —dijo ella. Vivía para nosotras, nos daba todo lo que podía. Y por eso teníamos miedo de defraudarlo. Un día me dijo Evelina que debíamos irnos. Yo no entendía por qué, pero más tarde me explicó que iba a tener un hijo. Estaba muy asustada y yo también me asusté. Así llegamos a esta casa y doña Julia le ayudó a sacarse el hijo, pero ya no tuvimos cara para regresar con mi papá. Evelina comenzó a trabajar como las demás muchachas. Yo ayudaba en la cocina porque doña Julia no quería que tuviera trato con los hombres, después supe por qué. Una noche me llevó a uno de los cuartos, me dejó allí con un hombre, con un viejo, y me dijo que tenía yo que hacer todo lo que el hombre me mandara. Después ya trabajé como las demás.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó después de otro silencio.

—Veinticinco —respondió Víctor.

—No te pareces a mi papá. Yo sí, ¿verdad?

Víctor dijo que sí, aunque no encontrara en ese rostro ningún rasgo semejante a los de Marini. Preguntó por Evelina.

—Tuvo suerte. Se encontró un hombre que la sacó de aquí. Vive en Tabasco, tiene hijos.

En los ojos de Lucrecia aparecieron lágrimas que secó con manotazos violentos. Entonces echó a reír con una risa falsa y atroz. Se incorporó.

—Bueno, cada quien tiene que vivir su vida —dijo.

Acompañó a Víctor hasta el descanso de la escalera y allí le hizo prometer que no le diría nada a su padre, ni de su situación ni de Evelina. Víctor lo prometió fervorosamente.

De regreso a la ciénaga pensaba cómo actos tan sencillos, tan nimios, cómo algunas palabras que no se pronunciaran, podían ocasionar separaciones irremediables y definitivas. Comprendió entonces que igual se sufre una ausencia con razones que sin ellas. Y decidió entregar la carta a Elena.

La noche siguiente, oculto en un zaguán, esperó que cerraran El Mixtán. Salió algún borracho tambaleante, abandonaron dos jubilosos compadres que se disolvieron en la oscuridad. Al final, con doña Luz y la cocinera, apareció Elena. Las siguió agazapándose en oquedades oscuras y se fue tras Elena cuando ella, sola, buscaba camino firme entre los aguazales y el lodo del trayecto. Ya se disponía a cruzar el patio lóbrego cuando Víctor la llamó.

—Soy yo, Víctor —aclaró al verla inmóvil, indecisa, con los brazos cruzados sobre el pecho como si quisiera protegerlo de un golpe de puñal.

Sin que lo sospechara, era lo que hallaría en la carta que Víctor le entregaba.

Nunca te platiqué de aquel novio de ojos azules que tuve porque jamás me pediste cuentas ni explicaciones. Supongo que esto tenía que agradecértelo, pero llegué a entender que en realidad lo hacías para que yo no pudiera exigirte nada. Dándome libertad, disfrutabas la tuya sin cortapisas. Pero en realidad jamás existió compromiso de ninguna clase. Frecuentabas la fonda y me chuleabas. Me complacía que me dejaras ver que te gustaba. Un día sencillamente esperaste en la puerta y me invitaste a subir a la camioneta. Tenía miedo de no sé qué cosa y no sabía qué hacer, tenía miedo quizá de que sólo buscaras un rato agradable, pero insististe con amabilidad y subí. Que ibas a llevarme a mi casa, dijiste, pero tomaste otro rumbo. Me asusté y me tranquilizaste diciendo que solamente querías enseñarme algo. Fuimos por una brecha a lo alto de la loma y desde allí me mostraste el pueblo con sus luces amarillentas, el río por el que a esa hora avanzaba un barco petrolero con luces blancas, rojas y amarillas y haciendo sonar su sirena, la refinería iluminada. Dijiste que ibas allí muy seguido a ver el paisaje, cuando querías estar solo y pensar. Me preguntaste si me gustaba. Sí, mucho. Y entonces subimos de nuevo a la camioneta y regresamos al pueblo. Me dejaste en la puerta de mi casa y esa noche me sentí inmensamente feliz. Te seguí viendo en la fonda y una noche volvimos a la loma. Me hiciste ver que estabas triste esa noche. Y yo creí en tu tristeza y comencé a acariciarte el cabello. Hablaste de tu soledad, de la vida sin sentido en el pueblo, sin nadie en

quien confiar y con amigos que eran buenos compañeros de borrachera y nada más. Nos besamos. Te besé con una pasión que nacía de mi propia soledad, y después de aquellos besos y en esa nueva ansia de estar contigo siempre me invitaste a subir y volvimos en silencio.

Esa noche no pude dormir, y no lo necesitaba porque estaba llena de una alegría y una vitalidad que no había sentido desde hacía mucho tiempo, desde el encuentro con el novio de ojos azules. Era un ingeniero inglés: Tim Burdick. Veintitantos años, el cabello rubio y rizado y pecas en la nariz. Venía a las fiestas del ingeniero Murphy y ponían el radio y yo lo veía bailar con las esposas de los ingleses y la señora Murphy se reía mucho cuando bailaba con él. Ahora que lo pienso bien, la teca Engracia Pineda me dejó sin trabajo por eso, por Tim. No porque su marido tuviera interés en mí, que en lo único que se interesaba era en sus ginebras y en andarle buscando la onda corta al radio y en estar viendo pájaros con un anteojo largavista. Pero la vieja se debe de haber dado cuenta que Tim me seguía. Si yo estaba en la cocina preparando la cena o lavando los platos entraba Tim con un vaso en la mano y me decía qué bonita muchachita con su español malhecho y me invitaba a que bebiera de su vaso. Yo me ponía muy seria, le daba las gracias y Tim se iba sonriéndome y diciendo que alguna vez tenía yo que tomar unas copas con él.

Una vez entró muy borracho y me insistió. Era muy tarde y yo estaba acomodando la vajilla inglesa. Qué iba a pensar esa gente si Tim se quedaba tanto tiempo. Me daba miedo, me daba vergüenza, y él me acercaba el vaso a los labios y me decía que bebiera, que era un buen güisqui,

me iba a gustar. Para que se fuera acepté una probadita. Se puso como loco, gritó, aplaudió, dio unas vueltas bailando. Me invitó a beber de nuevo y en eso entró la señora Pineda y le dijo a Tim que era un malvado, que ya todos estaban preocupados por su tardanza. Lo tomó del brazo y se lo llevó. Cuando salían de la cocina Tim le acarició las nalgas, jugando, divirtiéndose. Me estaba mirando y me sonrió como cuando haces una travesura. Oí la risa de la teca. Le gustaba que Tim le agarrara las nalgas.

Yo no salía los domingos. ¿Adónde? Esos días el inglés y la teca se iban a comer al casino y volvían muy noche, cuando yo dormía. Y un domingo Tim apareció por la casa, me encontró en el patio cosiéndome un vestido y dijo que se sentía muy solo y no sabía qué hacer y cuando iba al casino se aburría mucho. Me preguntó si no me molestaba que me hiciera compañía. Era muy guapo Tim. Alto, ojos de un color azul fuerte, como el cielo de noche. Le dije que no me molestaba y me estuvo platicando de Inglaterra, de su papá, de sus hermanos y del rey. Me dijo que en México nos hacía falta un rey. Que los reyes eran buenos y sabios y toda la gente los quería y los respetaba. Después me pidió que le invitara un trago, nadie iba a darse cuenta si bebía un poco de ginebra.

Entramos a la casa, él detrás de mí, y en la puerta se me ocurrió que a la mejor me agarraba las nalgas como a la teca. Ni hizo nada, pero no me hubiera disgustado. Se sirvió la ginebra, volvimos al patio y me siguió platicando del rey, de los desfiles, de la carroza real tirada por caballos blancos. Volvió el domingo siguiente y el otro y otro más. Uno de esos domingos me pidió que le diera un beso y se

lo di. Lo besé con la misma pasión con que siempre te besé a ti. Ese domingo bebió mucha ginebra y se echó a llorar. Ya sabes, que se sentía muy solo. Y ya sabes también, se me ablandó el alma y se me ablandó el cuerpo y lo llevé a mi cama. Tim se fue en la madrugada, con mucho cuidado, le pedí, no fuera a darse cuenta la señora. El inglés no me preocupaba porque siempre volvía del casino completamente borracho, cantando, chocando con los muebles. Tim volvió cada domingo y nos acostábamos en la cama de los patrones, una cama grande y blanda.

En esos tiempos vivía yo con la ilusión de los domingos, como después, contigo, vivía con la ilusión de los otros días de la semana, porque los domingos yo no sé a dónde ibas. Al salir de la casa de los Murphy no supe más de Tim. Terminaron aquellos domingos y viví para los lunes, los jueves o los sábados. Cualquiera de esos días, o de los otros, llegabas inesperadamente a la fonda, pero los domingos eran tuyos y cómo iba yo a pedirte que los domingos me llevaras a Coatzacoalcos o fuéramos a pasear en lanchones al río. No. Los domingos los pasaba encerrada en el cuarto, me salía al patio a coserme los vestidos que tanto te gustaban, iba a la orilla del río a ver a la gente que subía a los cayucos con sus sombrillas de colores.

Qué tristes son los domingos, Alfredo. Cuando te fuiste ya no quise ni coser. ¿Para qué iba a hacerme vestidos si ya no los ibas a ver tú, si ya no me ibas a decir qué lindo y después comenzaras a quitármelo? Como aquella primera vez en la loma. Había luna llena y dijiste que tenías ganas de verme el cuerpo y me quitaste el vestido, lentamente, con ternura. Yo lo quería, pero tenía mucho miedo, no de que

me quitaras el vestido, ¿pero después qué? Iba a tener que contarte lo del inglés de los ojos color de cielo nocturno y a la mejor te dabas media vuelta y subías a la camioneta y me dejabas allí porque yo ya había sido de otro hombre. Viste mi cuerpo a la luz de la luna y lo tomaste, allí, sobre la tierra.

Después te alejaste y estuviste contemplando el río y el pueblo. Mientras, me puse el vestido, que se había enlodado. Alguna vez, ¿recuerdas?, me prometiste una máquina de coser. Vas a tener tu máquina, dijiste, y yo entendí que iba a tenerla después de que un día me llevaras al registro civil y a la iglesia. Me habías platicado de la máquina Willcox de tu mamá, pero dijiste que ahora había unas mejores, las Singer, y que con una de esas me haría unos vestidos más bonitos. Yo pensé que también te haría camisas y pantalones o un traje blanco más bonito que el traje blanco que te ponías los sábados cuando íbamos al baile. Ni Willcox ni Singer ni las peinetas de carey que habías visto en Coatzacoalcos.

Un día Víctor me entregó tu carta. La leí en mi cuarto y lloré toda esa noche y después de mucho llanto y de mucha tristeza un domingo me fui a buscar a Víctor y te pregunté, Víctor, si Alfredo se había ido para siempre. ¿Verdad que sí? ¿Verdad que se fue para siempre? Me preguntaste qué decía la carta y no te respondí. Pero asentiste. Te viste obligado a confesar que tenías esa carta desde hacía dos semanas y ¿por qué no me la entregaste antes, Víctor? Porque estaba seguro de que eran malas noticias y te harían sufrir. Buenas o malas era mi carta, lo único que me quedaba de Alfredo. Y te odié, Víctor. Te odiaba porque habías querido protegerme, por tu actitud fiel, porque pretendías negarme mi dolor. Y llegué a odiarte por tu ausencia. No

estabas cuando necesitaba descargar mi rabia en alguien. No estabas cuando quería llorar y declarar mi gran amor a Alfredo y declararlo delante de la única persona cercana a él. No estabas cuando me sentía sola, inmensamente sola, y deseaba compañía. Me seguiste una noche. Eras una sombra que se ocultaba en las esquinas, eras un suave y distante chapoteo tras de mis pasos. Una tarde llegaste a El Mixtán con tus amigos, pero no tenías esos ojos hambrientos que tantas veces advertí en otros. Tuve que pedirte que me esperaras y lo hiciste. Nos fuimos caminando con un silencio muy grande. Quería decirte del amor y del odio, quería arrancarle a Alfredo la piel en tu piel. Si ese día me hubieras dicho que estabas solo, que no tenías a nadie, también en ti se hubiera volcado mi compasión y te habría besado y acariciado el cabello. Pero no lo dijiste. Tuve que decirlo yo. Que yo era la sola y la triste y la despreciada. Supliqué que no fueras a despreciarme y esa noche dormimos en mi cuarto sin que me pidieras o me dieras una palabra o una caricia. Poco antes de que amaneciera desperté. Estabas allí, a mi lado, como una presencia bienhechora y muy suavemente dijiste que te tenías que ir, que yo durmiera, que era mejor que dejara ese cuarto y que me fuera a vivir a tu casa. Víctor: sólo se aprende a amar mediante el sufrimiento.

Comenzaba el mes de mayo y florecía la bugambilia y el tepecacao. De la capital llegaban noticias poco alentadoras. Había finalizado el plazo para llegar a un acuerdo con las compañías, pero como las negociaciones se hallaban estancadas se fijó como fecha final el 27 de mayo. Si para entonces no se firmaba el contrato colectivo nacional, los petroleros de todo el país se irían a la huelga al día siguiente.

Hijos del Águila

Memo Domínguez se encargaba de divulgar versiones fabricadas en los despachos de la empresa. El sindicato nacional no tenía poder alguno y si había cancelado la huelga de noviembre era porque los trabajadores de Ciudad Madero, Ébano, Mata Redonda y la capital habían votado contra ella. Dicen los líderes que aplazaron la huelga cuatro meses, pero ya han transcurrido más de cinco y no hay contrato colectivo ni huelga. Hay que abrir los ojos, compañeros, todo este embrollo nomás nos perjudica, desde la fundación del sindicato nacional los petroleros de Minatitlán, hijos de El Águila, no hemos obtenido buenos aumentos de salarios ni conquistado prestaciones importantes, como en aquellos tiempos del Sindicato de Trabajadores del Petróleo de Minatitlán. ¿O no peleamos y ganamos la huelga de 1934 con los compañeros de Agua Dulce, Las Choapas, Nanchital y Francita? ¿No negociamos de tú a tú con El Águila, sin necesidad de andar buscando apoyos en otra parte?

Había que dejarse de sindicatos nacionales, mandar al infierno a todos esos líderes que ya sabemos la buena vida que se dan en la capital, con gastos pagados por las compañías, licores, mujeres, comilonas; ya sabemos que quieren un sindicato poderoso y fuerte para jugarlo en la política y ganarse municipios y diputaciones; ya sabemos que van a disponer a su modo de jugosas cuotas sindicales. ¿O no fue eso lo que hicieron Morones y los moronistas? ¿No es lo que ambicionan los comunistas que crearon la nueva confederación?

No, compañeros, más vale solos que mal acompañados. Allá ustedes si quieren líderes nacionales, pero yo

les digo que van a arrepentirse y que más nos conviene rascarnos con nuestras uñas.

Fresca en la memoria la huelga del 34 —casi un mes parados primohermano—, los trabajadores reconocían la bondad de aquellos convenios que estipulaban pago de salarios caídos, aumento salarial retroactivo, pago de un día de descanso por cada seis laborables, jornada de 46 horas y media —hora y media le arrancamos a los güeros primohermano—, vacaciones. Acá nomás los del sur sureste, compañeros, sin andarnos agarrando de alianzas y comprometiéndonos en huelgas que se posponen y no se desesperen compañeros, paciencia y la cabeza despejada. No faltaba sin embargo quien se detenía a echar una mirada retrospectiva y jalando hacia arriba el ala del sombrero, sosteniendo el cinturón a izquierda y a derecha, como afirmándose los pantalones, decía no nos hagamos pendejos, compañeros, porque es cierto que la huelga se sostuvo, pero también los de El Águila, hijos de madre inglesa, se sostuvieron y no aceptaban nada de lo que proponíamos. Si no es por el general Abelardo Rodríguez, el señor presidente, que no sé si en buena o en mala hora intervino, otra cosa hubiera sido. A él le fue conferido el cargo de árbitro por las dos partes, él nos ordenó volver al trabajo y retornamos mansitos; él señaló lo que las empresas debían conceder y eso concedieron. Y no nos hagamos pendejos, compañeros, lo repito, porque el aumento salarial salió de las tablas que la compañía propuso. No se envanezcan ni anden haciéndose creer lo que no fue, compañeritos, porque nosotros ni capaces ni fuertes, y hay que darle las gracias al general Abelardo, porque de otro modo a la mejor nomás sacamos una patada en el culo de aquella huelga.

Elena llevó a la casa de la ciénaga dos cajas de cartón con ropa y una pequeña caja de olorosa madera que contenía peines, peinetas, collares baratos, aretes, prendedores y un retrato de su madre. Víctor le pidió que dejara de trabajar, pero ella prefirió continuar en El Mixtán un tiempo para que dispusieran de mayores recursos. Compraron una lámpara de gasolina y estufa nueva. Elena hizo cortinas de colores vivos para las ventanas y Víctor dejó de frecuentar a sus compañeros de parranda y aprovechando las horas de Elena en la fonda reparó el techo, los pisos y las contraventanas, y con un viejo tambor improvisó una regadera en el patio. Todas las noches esperaba a Elena fuera del negocio y todas las mañanas se levantaba ella a preparar café, tasajo, huevos revueltos con longaniza. Jamás mencionó Víctor a su hermano en relación con Elena y ella entendió que aquel asunto estaba olvidado. Los domingos él se iba muy temprano a jugar béisbol y a su regreso iban a pasear a la orilla del río; ocasionalmente subían a un cayuco y visitaban alguno de los pueblos ribereños. Elena seguía pensando que en una de éstas encontraría a su padre y Víctor indagaba con ella. Si la felicidad existía, reflexionó Víctor, era algo muy semejante a la vida que llevaban.

En la refinería circulaba un aire amargo, flotaba allí una inmensa pesadumbre que inesperadamente cambiaba el curso de los martillos y arrancaba la fuerza de los brazos que manipulaban válvulas.

Víctor cumplía rigurosamente sus obligaciones y no daba motivo de queja a Lauro Marini. Pero Lauro, viéndolo alegre y diligente y atándose a ciertas similitudes con

un pasado que no deseaba revivir, comprendió que algo se había desacomodado en ese espíritu. Una tarde, después de calibrar el impulsor y la flecha de un artefacto, con unas secas y sencillas palabras conminó a Víctor:

—Te espero en La Rama. Hay cosas importantes.

En la mesa de siempre y con varias cervezas en el cuerpo, Lauro Marini recibió a Víctor haciéndole una seña a Pablo para que sirviera una cerveza. Esperaron en silencio al mozo, y cuando volvió con la botella y la colocó frente a Víctor, Marini la tomó.

—Cada quien, Víctor, impone sus reglas.

Víctor no entendió qué quería significar don Lauro. Permaneció mudo, con los brazos abiertos, inerte.

—Pídele a Pablo una cerveza.

—¿Por qué no la pidió usted, don Lauro?

—Cada quien pelea por sus ganancias y es responsable de sus pérdidas.

—No le entiendo, don Lauro.

Lauro asió la botella con la mano mocha, haciéndola valer ostensiblemente.

—Hace muchos años yo era ayudante de un maestro Vidal —dijo. Un día por un descuido se le soltó la garrucha y yo perdí los dedos. Dejé de trabajar unos meses, y cuando volví al taller creí que iban a compadecerme y me asignarían cualquier tarea sencilla, reparar herramientas, asentar válvulas, algo así. No. De nuevo fui ayudante de Vidal. Yo esperaba que cuando menos se disculpara y si había trabajo duro se echara él la parte más pesada. Pues no. Se comportaba como si mis dedos no se hubieran ido al carajo por su culpa. A la larga se lo agradecí, porque cosas como éstas me fueron haciendo hombre.

Hijos del Águila

Un hombre de veras, no el lloricón aquél que fui cuando me abandonó la hembra. Después, ya lo sabes, se largaron mis hijas. Ya no lloré, ya no tuve necesidad de prenderme al primer compañero de tragos y relatarle mis desgracias y esperar la compasiva palmada en el hombro. Aprendí a vivir solo, a revolearme en mi dolor y a levantarme con la frente alta. Después apareciste tú, chamaco. Y te vi comprometido con la lucha, inquieto, montaraz, inconforme, bravo, y creí entonces que estabas hecho de esa pasta que se rompe pero no se deja doblar. Y déjame decirte que me decepcionaste, chamaco.

Al primer frentazo buscaste consuelo en la parranda y olvido en el trago. Luego encontraste mujer y viste todo de colores, bonito. Pero déjame decirte que cambió el bálsamo, pero allí seguía la enfermedad. La parranda y la mujer, cada una en su momento, te aliviaron el dolor, pero la espina sigue allí clavada. Tu sindicato nacional sigue vivo, muchacho cabrón. Ya se vendrá la huelga más tarde o más temprano. Y no vayas a darle la razón a los que dicen que aquí y ahora, que hay que descomprometerse. Todos somos petroleros, muchacho, y nos la tenemos que jugar juntos.

El Águila, la Huasteca, la California, las navieras, esas compañías se la están jugando juntas, y por acá nos echan una migajita, por allá nos dan un pedacito. Pero no se trata de ver quién se queda con el trocito más grande, nosotros o los de Agua Dulce, los de Ciudad Madero o la gente que igual se jode en Ébano o en Francita. Y no creas que nomás pienso en los petroleros. Está bien, me gusta que el sindicato nacional se haya unido a la nueva confederación. Estás a tiempo, muchacho, no vayas a traicionar eso, no despiertes

todos los días con la boca amarga, con ese sabor de la traición que, de veras, nomás a uno le toca.

Don Lauro lo estaba observando con una mirada que jamás le había visto, y Víctor se revolvió en su asiento y buscó a Pablo y le pidió dos cervezas. Rectificó: una nomás. Lauro Marini entendió que era estrecha la comprensión y la camaradería. Extendió la mano completa y acarició, de padre a hijo, la mejilla del muchacho. Tenía los ojos llenos de agua o de cerveza.

Esa misma noche Víctor se fue a buscar al mulato Anatolio al local solitario del sindicato. No lo halló y de indagación en indagación llegó a la modesta casita en la Loma del Espíritu Santo, donde Anatolio le confirmó que, ahora sí, no quedaba más camino que la huelga.

—Se nos está echando para atrás la gente, Víctor —dijo—, pero estamos para eso, para empujarla, para devolverla al campo de batalla.

Anatolio había aportado un frasco de habanero y Víctor, con sólidos compromisos pactados, volvió a su casa ya de madrugada, tambaleante y con un olor agrio que delataba la calidad de su demora. Elena, pura y virginal, honrada y sumisa frente a la paciente mesa donde habían perecido el pan y la sal, mostraba la inerte apariencia del que ha sido reprobado en el juicio final. Víctor no intentó ni la justificación ni el halago. Se sentó frente a ella y dijo:

—Nos vamos a la huelga. Tengo que estar con los compañeros.

La mirada de Elena lo enaltecía.

El 28 de mayo paró todo el sistema petrolero. Durante trece días permanecieron cerradas las válvulas de los po-

zos, inmóviles y silenciosas las instalaciones, cerradas las gasolineras. En todo el país dejaron de circular camiones y automóviles; faltaba el combustible en las fábricas y en los hogares. El Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana exigía a las empresas que aumentaran salarios y prestaciones por un total de 60 millones de pesos; las compañías alegaban incapacidad económica. El presidente Cárdenas pidió a los petroleros, violentos guerreros manchados de grasa y chapopote, que volvieran a sus labores y plantearan un conflicto de orden económico. El Sindicato levantó la huelga y esperó que los peritos designados dictaminaran si las compañías podían erogar más de los 14 millones que ofrecían. El escenario, los diálogos y los actores estaban fatalmente trazados.

En los primeros días de agosto los peritos informaron que las empresas podían acceder a las demandas sindicales hasta por una suma anual de 26 millones de pesos. Concluía aquella comisión que las empresas podían establecer la jornada semanal de 40 horas, un salario mínimo de cinco pesos diarios, liquidar los salarios caídos. El 18 de diciembre la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje aprobó un laudo que ratificaba aquellos términos y las compañías solicitaron amparo a la Suprema Corte de Justicia.

Pero antes de todo esto, en el sofocante y caluroso mes de julio, Alfredo Novoa volvió a casa.

Llegó una mañana y por la tarde Víctor lo encontró ya instalado. En presencia del hermano menor recorrió el otro la casa, elogió las cortinas y las reparaciones, la lámpara de gasolina y la estufa de cuatro quemadores. Mencionó, sin

darle importancia, la ropa femenina que ocupaba su ropero. Y el nombre de Elena, que no había sido pronunciado, resonaba entre esos muros de madera como si se lo hubiera repetido mil veces. Alfredo abrió con orgullo una botella de whisky irlandés y sirvió en dos vasos.

—Tenemos que brindar por mi regreso, hermanito.

Víctor lo invitó a salir al fresco porche y se sentaron en los escalones con la botella al lado. Encendieron cigarrillos, dos luminosos puntos que luchaban contra la noche que todo lo apagaba.

—¿Te va bien, hermanito?

Víctor dijo que todo transcurría como siempre, que la rutina normaba su vida.

—Pero tu vida ha cambiado, Víctor.

—Sí, no necesitas que te lo diga. Vivo con Elena y... Ella trabaja donde siempre. ¿Y a ti cómo te va?

Alfredo habló con entusiasmo de la casita que había alquilado en San Andrés, de la gente buena que allí había conocido, del trabajo que no le representaba problemas y sí satisfacciones, pero no mencionaba lo que Víctor quería escuchar: ¿A qué había vuelto, cuánto tiempo pensaba quedarse? Y a medida que avanzaba el tiempo y se acercaba la hora de ir por Elena, a pesar de los whiskies y de un gradual embotamiento, Víctor no dejaba de especular sobre las posibles reacciones de su mujer. Él tendría que interpretar los signos, saber si el silencio ocultaba una actitud de mujer ofendida y dispuesta a perdonar, saber si tras de la violencia de las palabras había un deseo de gata rabiosa que lucha por su amor; tendría que estar alerta para descubrir el reavivamiento de los rescoldos. Con integridad y dulzura

había asumido la vida en común como la unión necesaria y reivindicativa de dos almas laceradas. Jamás tuvo que preguntarse si Elena lo amaba y ahora el regreso de Alfredo le planteaba esa condición imprescindible. Y Alfredo mismo, ¿cómo iría a comportarse cuando coincidiera con la muchacha? El tiempo se guardaba las respuestas, pero Víctor precisaba imaginar la gama de situaciones potenciales y así, habiéndolas vivido por adelantado, solamente tendría que reproducir gestos y movimientos que ya conocía. Poco menos de dos horas le quedaban para representarse, como en una pantalla de cine, una y todas las posibilidades del encuentro de Elena y Alfredo que podrían arrojarlo al olvido. Llenó su vaso de whisky puro y bebió a grandes tragos. Alfredo le colocó una mano en el hombro con familiaridad.

—¿Cómo está Elena?

—Bien... La veo contenta.

—Estás bebiendo mucho. No hay necesidad de emborracharse. Víctor guardó un obstinado silencio. Alfredo quiso darle seguridad.

—No vine a traerte preocupaciones, hermanito. Puedo irme al pueblo, quedarme en un hotel, con algún amigo.

—No, quédate —respondió Víctor con viveza. Ésta es también tu casa.

Llegó la hora de ir por Elena y Alfredo ofreció la camioneta. Víctor agradeció el gesto, pero dijo que prefería caminar, despejarse. Y se alejó marchando con torpeza.

Encontró a Elena en la puerta de El Mixtán, asida a su pequeño bolso con las dos manos, como si el artículo la ayudara a resistir el asedio del viento y de la noche.

—Doña Luz se sintió mal y cerró temprano —explicó.

Víctor la abrazó y echaron a andar hacia la ciénaga. No se equivocaba Elena cuando pensó, ante el vasto silencio de su amante, que algo muy fuerte le quemaba el alma, pero prefirió dejar que tal humor morboso aflorara a su tiempo. Cuando entraban al camino de terracería Víctor dijo:

—Regresó Alfredo. Está en la casa.

Elena se detuvo intempestivamente; encogida, parecía un animalillo en peligro.

—¿Qué quiere? —preguntó.

Víctor le echó los brazos y atrajo el cuerpo breve y frágil. Percibió un temblor leve en el pecho.

—Nada. Vino de visita, a pasar unos días.

Continuaron avanzando intranquilos, como si se acercaran a un espacio abominable.

Alfredo continuaba sentado en el porche, y Elena y él se saludaron con frases triviales. Después Víctor preguntó a su hermano si quería que le prepararan algo de cenar. Alfredo agradeció y dijo que tenía que ver a alguien en el pueblo. Se fue, y después de que Víctor colgó del techo una manta para separar el rincón de su hermano, la pareja se acostó.

Elena, dominada por la fatiga, durmió con el sueño de los inocentes. Víctor permaneció en vela muchas horas, atento a cualquier sonido que delatara el retorno de su hermano y pensando que no había observado, ni en ella ni en el otro, indicios de un acercamiento; solamente señales de una distancia insuperable. Se durmió al fin y al alba fue despertado por los toscos pasos de su hermano en el porche.

Víctor dejó dormida a su mujer y se fue a trabajar. En el trayecto a la refinería, atrapado en el taller por la recurrencia de los metales y el aceite y durante el camino

de regreso, sólo le preocupaba, como un augurio oscuro, la deserción de Elena. Los últimos metros los recorrió frenético y arrastrado por el frenesí entró a la casa donde las prendas femeninas, la cajita en que guardaba ella la bisutería y el retrato borroso le devolvieron la tranquilidad.

Alfredo se marchó dos días después, y el episodio no dejó amarguras en la vida apacible de Elena y Víctor. En octubre recibieron una amorosa carta del hermano, en la que les anunciaba que se iba a Orizaba y en la primera oportunidad los visitaría. El vientre de Elena había crecido y mostraba una curvatura que Víctor acariciaba con ternura en las noches.

V. Los hijos del Águila, 1938

Cuando Pablo arrimó las cervezas, Lauro Marini interrumpió la conversación. Alzó la botella a la altura de sus ojos y examinó el contenido a contraluz.

—La vez pasada por poco me trago una cucaracha —dijo—, y con la seguridad de que la bebida estaba limpia apuró la mitad.

—Antes de la bola —continuó— en El Águila se trabajaba de sol a sol por peso y medio diario. No recuerdo si comencé a trabajar en el año nuevo o a principios del diez, y ni de chiste se pensaba entonces en sindicatos. Se acostumbraban las sociedades mutualistas, donde uno se afiliaba, pagaba una cuota y este dinero se prestaba a los socios cuando había algún apuro. Bueno, pues aquí en Minatitlán fue un carpintero de nombre Juan Platas el que reunió a

los artesanos, paileros, alambiqueros, tuberos, mecánicos, y fundó la Unión de Artesanos Latinos allá por 1913.

Ya se había ido el dictador y todavía gobernaba don Pancho Madero. Poco nos duró la Unión, porque cuando Huerta se echó a Madero, los huertistas que aquí no faltaban, y yo creo que en esto tuvo que ver la empresa, denunciaron a Platas de constitucionalista y lo agarraron y lo fusilaron en el panteón viejo. Yo fui miembro de esa primera Unión y después de Huerta me afilié a la nueva que surgió, la Unión de Petroleros Mexicanos. Con esta agrupación nos fuimos a la huelga en 1915 y logramos la reducción de la jornada a nueve horas. Pero las uniones, como no eran reconocidas por El Águila, se hacían y se deshacían. En 1917 tuvimos otra, la Unión de Obreros de Minatitlán, y en 1919 la Unión de Obreros y Artesanos. Ésta la dirigía un buen hombre, Bernardo Simoneen, y con él nos fuimos a la huelga de nuevo en 1920, si no me falla la memoria. Aquí ganamos la jornada de ocho horas y un buen aumento de salarios, pero aquel dirigente no nos duró mucho: una noche lo apuñalaron, mira lo que son las cosas, en el callejón de El Águila.

Lauro y Víctor terminaron sus cervezas y pidieron otras, que Pablo rescató de una tinaja desbordante de hielo.

—¿Y usted en qué andaba, de líder o nomás de infantería?

—Te lo voy a decir con mucho orgullo. Desde 1913 que me afilió Juan Platas, estuve en todas las uniones, en las buenas, porque también las hubo malas. Con decirte que allá por el año 25 teníamos los petroleros no menos de ocho agrupaciones. Mucha gente interesada y la empresa aprovechándola para fomentar la división.

Hijos del Águila

—Igual que ahora, don Lauro —dijo Víctor, que echándole miradas al reloj mostraba la urgencia de volver a casa.

Marini percibió esa actitud, y los recuerdos y los pensamientos se le fueron por otras veredas.

—¿Cuándo pare tu mujer?

—Cualquier día de estos.

—Es bonito andar con esa ilusión de que nazca el primer chamaco —dijo don Lauro, pero se calló que después la ilusión se derrumba y queda un vacío que no se llena nunca. Agregó: —Mejor te vas yendo, chamaco.

—Una más, don Lauro. Yo las invito.

Obtuvieron las cervezas y bebieron.

—Te iba diciendo que comenzaron los pleitos entre los líderes y yo me alejé. Había pasado por la persecución, por la amenaza de quedarme sin trabajo. Ya no valía la pena arriesgarle. Hice mal, pienso ahora a la distancia, pero también estaba pasando por circunstancias difíciles y el ánimo se me había venido abajo.

Víctor entendió la alusión a las hijas y no hizo comentario.

—Ahora sí hemos llegado lejos, chamaco. A ver qué resuelve la corte con eso del amparo de las compañías. Pero lo que es el sindicato nacional, ése está firme.

—Se habla hasta de expropiar las compañías, don Lauro.

—Eso no, no puede ser. Expropian y se vienen los chingadazos.

Levantaron las botellas y tomaron el último trago.

—¿Otra, don Lauro?

—Ya no, muchacho, no hagas esperar a Elena. Ve tú a saber qué piensan las mujeres cuando están esperando.

El primero de marzo la Suprema Corte confirmó el laudo de la Junta Federal. El día 4 la Junta fijó las 12 horas del día 7 como vencimiento del plazo para que las empresas petroleras acataran la sentencia. Las compañías acudieron al presidente de la República y ofrecieron pagar hasta 22 millones de pesos. El general Cárdenas les advirtió que apoyaría el cumplimiento del laudo. Después de un nuevo plazo que se cumplió el día 15, y viéndose que las empresas no respetaban el mando legal, la Junta declaró que las compañías se encontraban en rebeldía.

Ese mismo día Alfredo volvió a Minatitlán. No se alojó en la casa sino en un hotelito del centro, pero esa tarde buscó a Víctor en la ciénaga y lo llevó en su camioneta nueva a dar una vuelta por las lomas circundantes. Después se encerraron en una taberna porque Alfredo quería beber whisky para celebrar el encuentro.

Alfredo habló de las limpias calles de Orizaba, de sus mujeres bellas, del sueño de un día trasladarse a la capital de la República. Víctor lo escuchaba a gusto, pero lo urgía a abandonar la taberna porque tenía el pendiente de Elena, que en cualquier momento iba a parir y él quería estar con ella y correr por la partera cuando fuera necesario. Que no se preocupara, le decía Alfredo, en un minuto llegaban en esa camioneta que alcanzaba los 100 kilómetros por hora, y prometía que allí se iba a estar con ellos, y nada de partera, había que llevar a Elenita a un buen hospital, a Coatzacoalcos si era necesario, para algo tenía que servir el dinero, para ayudar a la familia, carajo, hermanito, si eres lo único que me queda en la vida.

Alfredo pidió la segunda botella de whisky. Víctor, aunque mostraba renuencia a la demora, no perdonaba el

whisky con mucho hielo y agua de Coyame. Cerca de la medianoche y al final de un trago que casi lo hizo vomitar, de pie frente a Alfredo, con los ojos disparándosele y la lengua desobediente, exigió a su hermano que se fueran, que ya no aguantaba más whisky y tenía en la cabeza un infierno de preocupaciones. Alfredo lo obligó a sentarse y le sirvió medio vaso. Tanto tiempo, ocho, diez meses sin verse, ¿no le daba gusto?, ¿iba a despreciarle una copa por una mujer que ni de su familia era?

Víctor insistía es mi mujer, mi familia, bebía un sorbo de whisky y con palabras enredadas suplicaba que se fueran, a esas horas podía estar naciendo su hijo y Elena sola. Alfredo dio un golpe brutal en la mesa y gritó que ya se olvidara de esa mujer, de ese hijo que podía no ser suyo. ¿De quién entonces? ¿De quién?, preguntó Víctor con desesperación. Y Alfredo, dándose tiempo, dejando salir lentas las palabras, con calculada malevolencia, respondió que podía ser de él, de Alfredo, que hiciera cuentas, que recordara cuándo había estado en la casa por última vez.

Derribando sillas Víctor se arrojó sobre Alfredo. Gritaba que era falso, que Alfredo quería herirlo, que no iba a permitir que insultara a la mujer que amaba. Rodaron por el piso cubierto de aserrín y al final, sangrando de la boca y de la nariz, con una oreja machacada, Víctor vio huir a su hermano.

Marchó a la ciénaga con el puñal hundido en la mitad del pecho. Se derrumbaba sobre el suelo empantanado y allí permanecía llorando, insultando a toda voz a su hermano, a Elena, y sabiendo que ni el llanto ni la imprecación neutralizarían el veneno sutil que le fuera inoculado.

A Elena la arrancaron del sueño los rugidos dolorosos. Una mano poderosa asió su cabellera, otra la abofeteó. En esa confusión de alaridos y golpes alzaba las rodillas y bajaba los brazos para protegerse el vientre y dejaba el rostro expuesto a todas las afrentas. En la tiniebla de la pesadilla descubrió al fin que era Víctor el atacante y gritó su nombre. La invocación detuvo un instante la violencia. Víctor pronunció entonces todas las palabras que expresaban su dolor y su encono; después, con ímpetu de bestia herida, de nuevo se arrojó sobre Elena. Ella esquivó el ataque y Víctor chocó de cabeza con una viga. Allí quedó, jadeante, demolido, encogido en el piso. Elena abandonó la casa y se internó en la noche.

Víctor despertó con la primera luz del día y percibió en su cuerpo varias regiones dolorosas. Reconoció sus ropas bajo la costra de barro gris verdoso. Fue a contemplarse en la luna del ropero y el espejo le devolvió la visión espantosa de un rostro tumefacto veteado de sangre y barro, con el cabello enlodado y tieso; supo que bajo aquella irrisoria envoltura corporal se ocultaba un alma mala y cruel. Observándose subieron a su memoria vagos recuerdos de la noche atroz. Se daba cuenta de que de nada servirían el remordimiento y la recriminación y trató de formular un ritual que le permitiera obtener el perdón de la muchacha. ¿Pero dónde estaría Elena? ¿En qué sitio habría hallado refugio? Partiría al trabajo y seguramente la encontraría en la casa a su regreso. Hosca, enfurruñada, pero dispuesta a las aclaraciones y propensa al perdón. ¿Y si ese niño era de Alfredo? ¿Si en aquel mes de julio ella y su hermano lo habían traicionado?... Entonces, no haría nada, porque no imaginaba la vida sin Elena.

Con la ropa puesta se metió bajo la regadera y dejó que el agua fresca le resanara cuerpo y alma. Más tarde bebió un café y salió a trabajar. A medida que descendían en su naturaleza los niveles del alcohol y la rabia, crecía la preocupación por sus actos deleznable de la noche anterior pero, Dios mío, ¿qué actos, qué había sucedido en realidad? —y presentía la definitiva desaparición de Elena. A la mitad de un ajuste de tuercas supo que ella aprovecharía su ausencia, volvería a la casa y se iría con su caja de madera de sándalo y las cajas de ropa y el viejo retrato y no la vería nunca más. La angustia penetró en el cuerpo de Víctor y ya no lo abandonó durante toda la jornada.

Ese día esperaban la notificación sindical de la disolución de los contratos de trabajo con las compañías. Eso significaba que no estarían obligados los miembros del sindicato a trabajar para ellas; en plata, significaba la paralización de actividades por tiempo indefinido a partir del día siguiente, el 18 de marzo. Víctor, aparentemente concentrado en su trabajo y obsesionado en realidad por el destino de Elena y por su propia suerte, no prestaba atención a los rumores y a los vivas al sindicato que ocasionalmente cruzaban la nave del taller; parecía un ser ajeno a los demás, de distinta procedencia y designios inescrutables. Víctor Novoa, representante de los mecánicos en el comité de huelga, esperó el final de la jornada. Más tarde cruzó corriendo las tierras pantanosas y ya en su casa le bastó una mirada para saber que Elena no había vuelto.

En vano estuvo toda la tarde y parte de la noche sentado en los escalones del porche. Ya en la cama trató de imaginar qué actos tan bárbaros había cometido para

que Elena le negara su presencia. Se fue adormeciendo y se alegró de que al día siguiente no se trabajara, porque así dispondría de su tiempo para buscar a Elena.

Desde temprano los trabajadores petroleros se reunieron frente a los portones de la refinería. Allí se diseminó la noticia de que esa noche el presidente Cárdenas hablaría por la radio de la cuestión petrolera y se formaron grupos para escuchar colectivamente el mensaje. Víctor no estuvo con sus compañeros porque esa mañana se presentó en El Mixtán y con humildad interrogó a doña Luz. Se internó después en el mercado, donde preguntó a las polleras Edelmira y Petrita. Nadie le daba razón de Elena. Con el ánimo decaído paseaba por la orilla del río, recordando los paseos con Elena y preguntándose si a esas horas no estaría bajo esas aguas el cuerpo de la muchacha, con los ojos comidos por los peces y un recién nacido unido a ella por el cordón umbilical.

Una vez volvió a la fonda y permaneció largo tiempo frente a una cerveza, sin tocarla, dejando ver un rostro marchito, suplicándole con la mirada a doña Luz. Quizá la dueña se compadeciera y revelara alguna información olvidada. Más tarde regresó al mercado, sólo para descubrir que ya habían levantado los puestos. Cuando moría la tarde y el último sol enrojecía las aguas del Mixtán que bajaban hacia el Golfo de México, Víctor se fue a su casa, otra vez se sentó en el porche a esperar y allí se quedó dormido.

Entrada la noche una mano agitó su desvanecido cuerpo. Era el mulato Anatolio que lo estaba invitando a ir a la casa de Vicente Altamirano, allí iban a reunirse, allí iban a escuchar la transmisión, faltaba poco para que hablara el

presidente Cárdenas. Víctor no deseaba moverse y opuso resistencia, pero finalmente, más que los entusiastas requerimientos del mulato, lo convenció la propia comprensión de que había perdido a Elena para siempre y se hallaba condenado a la soledad. El único paliativo, si existía, era asumir por entero su condición de trabajador, ser uno más entre la masa, fundirse en ella y olvidar el amor, la pasión. Dócil, se dejó conducir por Anatolio.

En el patio de la casa de Altamirano, entre cerdos, gallinas y cartones de cerveza, los compañeros mecánicos aguardaban el mensaje presidencial. Habían colocado el aparato de radio sobre unos cajones y esperaban bebiendo cerveza y escuchando canciones amorosas. Cuando faltaban algunos segundos para las diez de esa noche calurosa y estrellada, el locutor anunció al señor presidente de la República, general Lázaro Cárdenas. Se hizo un silencio denso. Las cabezas se acercaron al aparato. Tensos, adustos, escucharon las palabras que declaraban a los mexicanos dueños de su petróleo y entendieron que esas palabras eran pronunciadas por alguien que comprendía sus esperanzas y sus sufrimientos.

“¿Quién no conoce la diferencia irritante que norma la construcción de los campamentos de las compañías? Confort para el personal extranjero; mediocridad, miseria e insalubridad para los nacionales. Refrigeración y protección contra los insectos para los primeros; indiferencia y abandono, médicos y medicinas siempre regateados para los segundos; salarios inferiores y trabajos rudos y agotantes para los nuestros”, decía la voz seca y sin matices del presidente, y a aquellos hombres toscos les parecía que se escuchaban a sí mismos.

Cuando finalizó la emisión, por los duros y curtidos rostros de los mecánicos corrían las lágrimas. Víctor también lloraba, pero nadie podía adivinar que sus lágrimas obedecían no a la emoción y el gozo del momento, sino a un dolor profundo que no mitigaban las palabras del general y que no hallaría consuelo ni en la palabra de algún dios bondadoso.

—¡A la refinería! ¡A la refinería! ¡A tomar la refinería!

Los hombres se armaron con machetes, escopetas, palos, pistolas y marcharon a resguardar el centro de trabajo que ahora, por una inesperada vuelta de la historia, era suyo. Caminaban silenciosos y decididos, buscaban su camino iluminándose con lámparas sordas y quinqués de mecha. Al fondo se elevaban las altas torres de destilación, bañadas apenas por el resplandor amarillento de las luces nocturnas. Víctor marchaba con sus compañeros, pero fue rezagándose y en alguna vuelta del camino se agazapó en las sombras y echó a caminar hacia la ciénaga.

Elena no había vuelto. Víctor se dejó caer en la cama y lloró su soledad y su amargura, muy distante de la alegría de sus compañeros que en ese mismo instante se posesionaban de las instalaciones petroleras. Al cabo se durmió y en la madrugada lo despertaron fuertes golpes en la madera de la puerta. A la luz de una lámpara de mano distinguió a un indio de rostro esquivo, envuelto en una cobija.

—¿Tú eres el señor Víctor? ¿Tú eres Víctor Novoa?

—Sí, yo soy.

—Vamos. Tu mujer te quiere.

Víctor apenas se dio tiempo para calzarse las botas y se echó a andar detrás del indio. Anduvieron por brechas

y veredas perdidas en el monte y se detuvieron al fin frente a una choza de embarre y techo de palma.

—Aquí está —dijo el indio. Entra. La hallamos en el monte.

Sobre el piso, tendida en un petate, se hallaba Elena. Detrás de ella, sombra entre las sombras creadas por las llamas de una pequeña hoguera, una india inmóvil y misteriosa sostenía al recién nacido. El indígena explicó que al comenzar la noche habían encontrado a la muchacha en una barranca y que su mujer la había ayudado a parir.

—Se va a poner buena. El niño está bien, está completo.

Víctor se arrodilló al lado de Elena y le pidió infinitas veces que lo perdonara. En el rostro sudoroso y marchito de la muchacha se abrieron los ojos inmensos y se clavaron inexpresivos en los ojos de Víctor un largo instante, una eternidad. Levantó entonces ella una mano y acarició la frente humillada de Víctor.

Guiado por el indio, Víctor volvió al pueblo y alquiló un viejo automóvil para volver a la choza. Amanecía cuando el vehículo se detuvo frente a una vereda inaccesible y desde allí Víctor y el indígena continuaron a pie. Más tarde, con Elena sostenida por el indio y Víctor y el bebé en brazos de la mujer indígena, volvieron al punto donde aguardaba el automóvil. Acostaron a Elena en el asiento trasero y ella pidió a su niño. Víctor se acomodó junto al chofer. —Vamos al hospital de Santa Rosa —dijo Víctor—, con cuidado, amigo, por favor.

Entraron en el pueblo cuando ya calentaba el sol. En la esquina de Hidalgo y Carboneros los detuvo la masa compacta de una multitud. Víctor descendió decidido a

abrirle paso al auto entre la muchedumbre. No pudo hacerlo. Por el centro de la calle, flanqueados por el gentío, los petroleros, agitando banderas rojas y banderas negras, pancartas, estandartes de su sindicato, alguna foto del presidente Cárdenas, marchaban hacia la plaza central.

—¡Viva la expropiación! ¡Viva Cárdenas!

Entre el apretujamiento de paileros, carpinteros, operadores de plantas, veladores, alambiqueros, oficinistas, Víctor descubrió a los mecánicos. Lauro Marini, con su mano sin dedos, enarbolaba una bandera roja. El Negro Aarón Mackenzie levantaba un estandarte de la Sección 10. Sobre la plataforma de un camión, con la sonrisa ancha llenándole la cara, Anatolio Sánchez dirigía a la marimba que tocaba la marcha Zacatecas.

Víctor elevó el puño lentamente. Saludó a los compañeros.

Gerardo de la Torre (Oaxaca, 1938)

Ha publicado los libros de cuentos *El otro diluvio* (1968), *El vengador* (1973), *Viejos lobos de Marx* (1981), *Relatos de la vida obrera* (1988), *La lluvia en Corinto* (1993), *Tobalá y otros mezcales oaxaqueños* (1998) y *De amor la llama* (2001); es autor de las novelas *Ensayo general* (1970), *La línea dura* (1971), *Muertes de Aurora* (1980), *Hijos del Águila* (1989), *Los muchachos locos de aquel verano* (1994) y *Morderán el polvo* (1999).

En 1988 obtuvo el Premio de Novela Pemex 50 años de la Expropiación, por *Hijos del Águila* y en 1992, el Premio Nacional de Novela José Rubén Romero, por *Los muchachos locos de aquel verano*.

Ha practicado el periodismo, la traducción, elaborado abundantes guiones para historieta, cine y televisión. Participó en el taller literario de Juan José Arreola, fue becario del Centro Mexicano de Escritores 1967-68 y desde 1994 es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

Descarga todas las publicaciones en
www.brigadaparaleerenlibertad.com